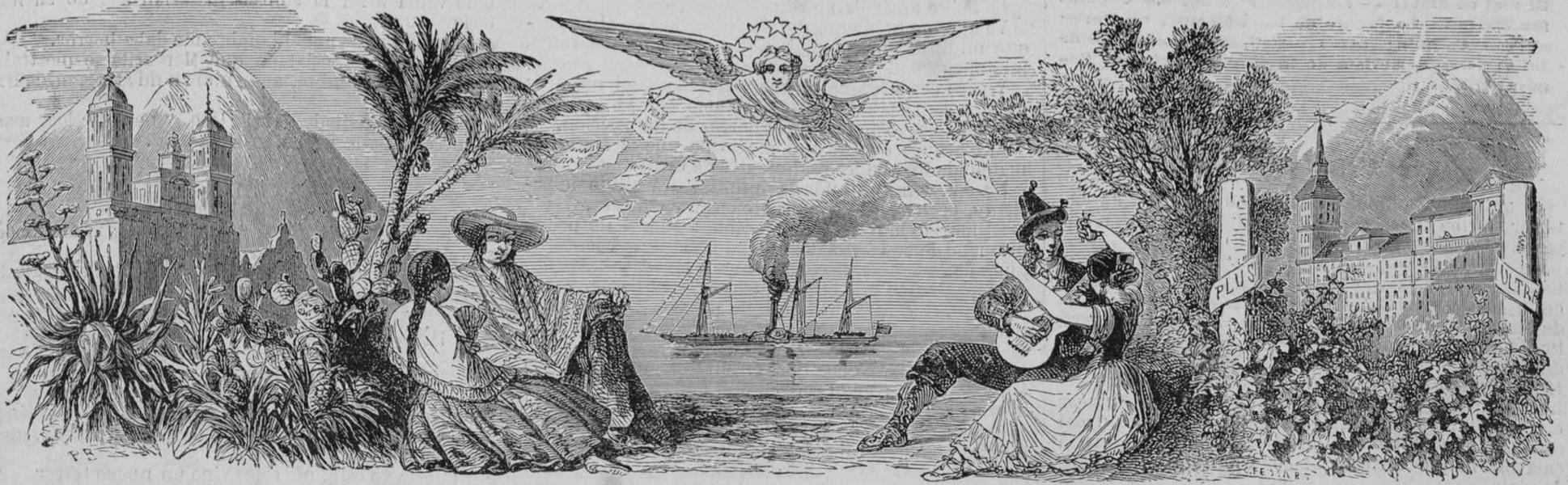


EL CORREO DE ULTRAMAR

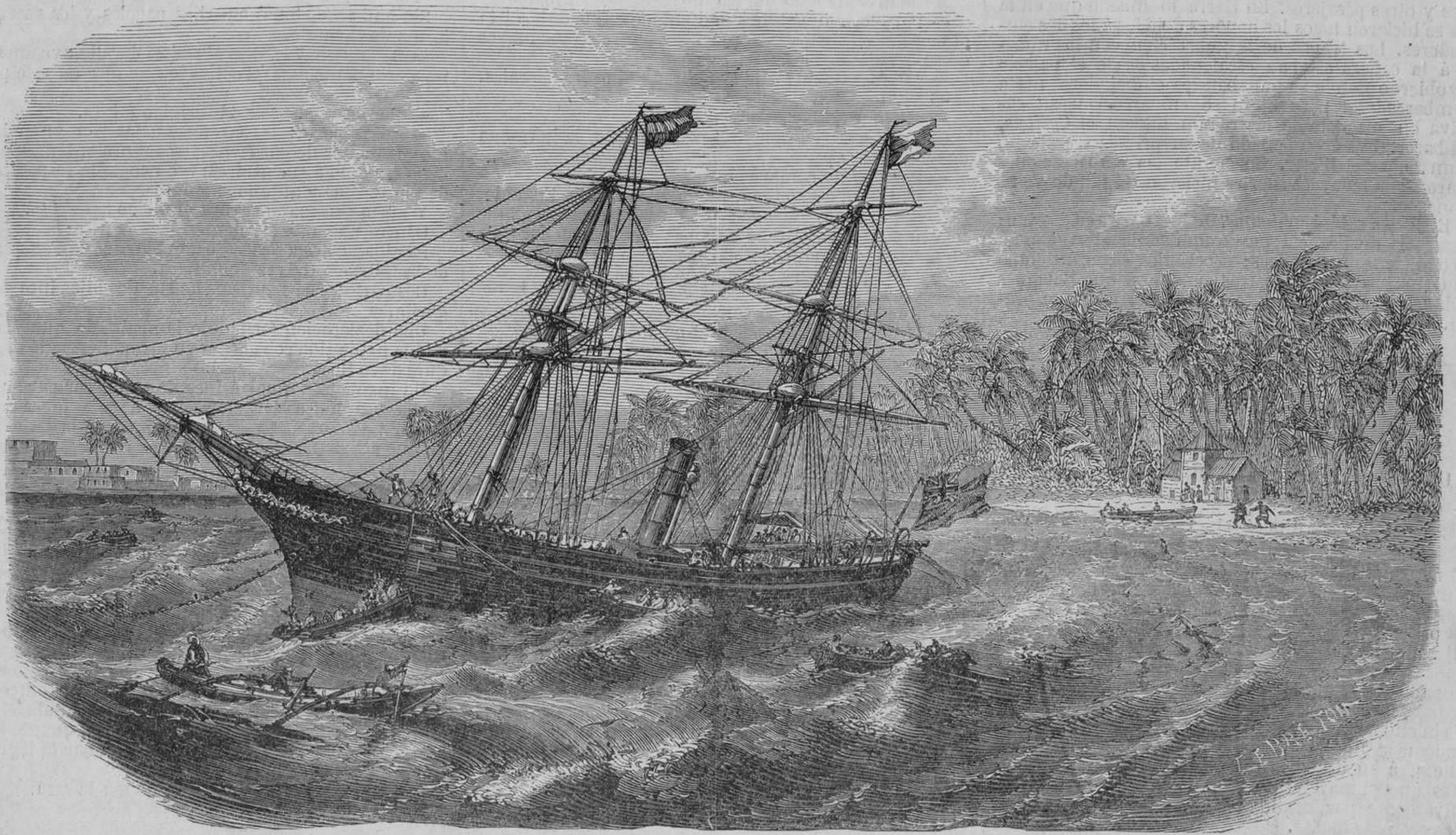
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



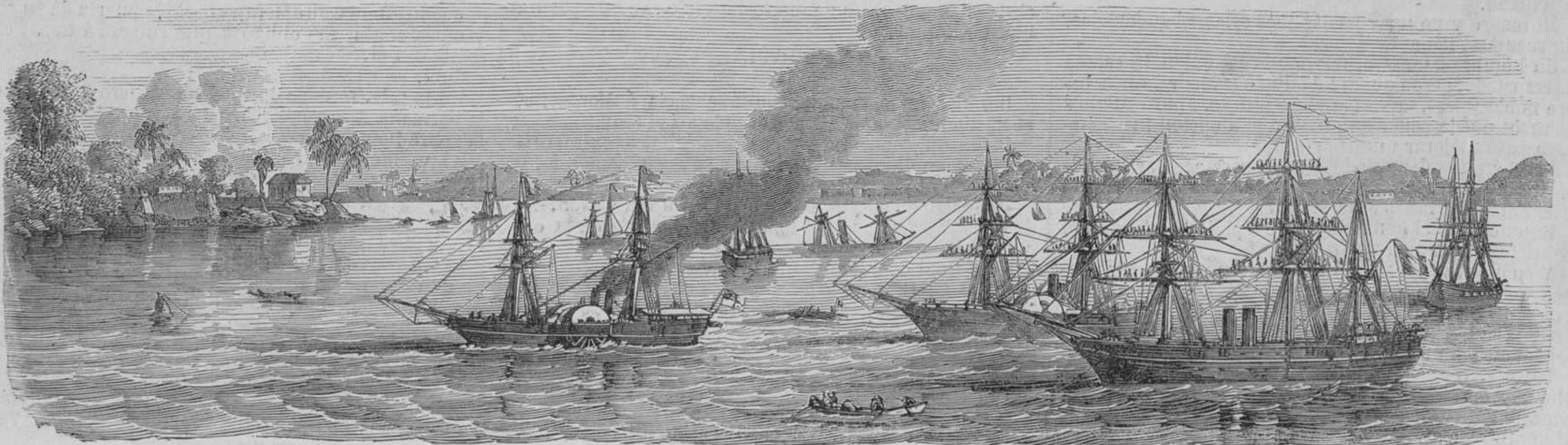
1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 395.



EXPEDICION DE CHINA. — NAUFRAGIO DEL MALABAR EN LA RADA DE LA PUNTA DE GALES (CEILAN).



LORD ELGIN Y EL BARON GROS SALIENDO DE CEILAN PARA LA CHINA A BORDO DEL VAPOR EL PEKIN, EL 3 DE JUNIO DE 1860.

SUMARIO.

Expedicion de China; grabados. — **La Dama de noche.** — **La guerra de Sicilia;** grabados. — **Revista de Paris.** — **El mal de amores.** — **Ensanche de Madrid.** — **Cuentos fantásticos.** — **La fuente de los Inocentes en Paris;** grabado. — **Catania;** grabados. — **Eclipse de sol del 18 de julio;** grabado. — **Revista de la moda.** — **Vistas de Sa-boya;** grabados.

Expedicion de China.

El autor de los dibujos que se ven en la página anterior escribe á bordo del *Weser*, Punta de Gales, á 7 de junio de 1860 las siguientes líneas:

« Envío dos dibujos que representan el primero el naufragio del *Malabar*, y el segundo la salida de los embajadores para la China á bordo del *Pekin*, despues de haber permanecido forzosamente dos semanas en Punta de Gales. — He recibido las noticias que siguen de un testigo ocular, M. Messemacker, capitán de comercio, que fué el primero que acudió al socorro del buque en peligro. A la hora en que escribo, el *Malabar* está casi sumergido completamente; la operacion del salvamento marcha con lentitud, y sin embargo la cala del buque encierra 12.500,000 francos en barras de plata.

» Una gran parte de los despachos, así como los equipajes de los embajadores se han perdido ó están muy averiados. Lord Elgin ha salido peor que su colega el baron Gros. — Diré ahora dos palabras sobre la marcha de los embajadores despues de la catástrofe. El vapor el *Pekin*, de la compañía peninsular oriental, llegado el 4 de junio de Bombay, salió al siguiente día para la China á las cinco de la tarde con los embajadores y otros pasajeros. En tierra lo mismo que en la rada se hicieron todos los honores debidos á los dos embajadores. Las tropas de la guarnicion con las músicas á la cabeza estaban escalonadas desde el palacio del gobierno donde se hallaban los embajadores hasta el embarcadero. Lord Elgin se embarcó con su comitiva en un bote de la fragata inglesa el *Cyclops*, y el baron Gros acompañado de su primer secretario, en un bote del *Weser*. En cuanto las embarcaciones llegaron á la rada, los fuertes hicieron un saludo de 21 cañonazos.

» El *Weser* saldrá mañana 7 de junio para su destino; su travesía de Francia hasta aquí se ha efectuado en las condiciones mas felices; esperamos llegar á tiempo á la China, para que las tres cañoneras que llevamos puedan figurar dignamente en la guerra que se prepara. — L. R. »

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

El marqués fué arrojado de mi casa, y se ejerció sobre mí por mis padres la mas cuidadosa vigilancia. Desgracias de familia nos habian reducido á un estado precario.

Mi padre se vió obligado á solicitar un empleo y se le concedieron para ultramar.

Cuando yo recibí esta noticia que me alejaba del marqués, me aterró.

Y sin embargo me negué á huir de mi casa, sobreponiéndome al amor que el marqués me inspiraba, á sus súplicas, á su desesperacion, expresadas en algunas cartas que el marqués lograba hacer llegar hasta mí furtivamente por medio de los criados, y que apenas leídas eran quemadas.

Partimos al fin.

Nunca hubiéramos partido: el *vómito* acometió á mi padre y murió á los quince días de nuestra llegada á la Habana.

Mi madre y yo nos encontramos solas, abandonadas, sin recursos, llenas de dolor.

Un hombre generoso, un hombre á quien la esposa ha respetado; pero á quien ha faltado la madre, un hombre noble y leal, cuyo paradero ignoro, apuró cuantos recursos puede poner en práctica la atencion mas delicada para mejorar nuestra suerte.

Pero éramos demasiado altivas para aceptar beneficios que podian llegar á perjudicarnos produciendo hácia nosotras falsas apreciaciones.

Entonces aquel hombre generoso pidió la mano de la pobre huérfana á su madre.

Y cuando por mi madre amante siempre me hizo conocer aquella peticion, yo devoré la mortal angustia que sentí en mi alma, engañé á mi madre para salvarla de la miseria, y fingí alegría por aquella peticion salvadora para mi madre, horrible para mí.

Porque yo amaba al marqués, le amaba con toda mi alma, y mi alma sentía una amargura infinita, al solo pensamiento de pertenecer á otro hombre que no fuese el hombre de mi amor.

Voy á abreviar mi relato.

Es demasiado doloroso para mí.

Tuve la debilidad de escribir al marqués anuncián-

dole mi casamiento y protestando de que solo habia cedido por mi madre.

Dos meses despues de mi casamiento, de aquel casamiento al que yo lo habia sacrificado todo, murió mi madre.

La fiebre amarilla no respeta á los ricos.

Yo que me habia casado, no por serlo yo, sino porque mi madre lo fuese, muerta ella, encontré inútil mi abnegacion... la encontré horrible.

Y poco despues una carta amenazadora del marqués que me contestaba por un conducto que yo le habia indicado, acabó de colmar el horror de mi posicion.

El marqués encontró el medio de que le dieran el mando de uno de los regimientos de Cuba.

Un día, con una audacia infinita, y á título de pariente, el marqués se presentó en nuestra casa.

Mi marido le recibió como debia recibir á un primo hermano de su esposa del que no tenia antecedente alguno desfavorable, le colmó de atenciones, y hasta llegó á pensar en que el marqués, como pariente próximo mio, se pusiese al frente de nuestra casa, durante una larga ausencia á que se vió obligado como teniente de navío.

Dos años estuve encerrada en un convento hasta que Lorenzo volvió: en el convento dí á luz á Ines, mi hija mayor.

Un año despues de la vuelta de mi marido, dí á luz á mi hija menor, á mi pobre Margarita.

CLV.

Dí un grito al llegar á este pasaje: cubrió mis ojos un velo denso, sentí... ¡oh! no lo sé... y se me cayó el papel de las manos.

— ¿Qué es esto? me dijo el padre Morales acudiendo á sostenerme. ¿se ha puesto Vd. malo?

— Sí: de alegría... porque...

Me detuve, la emocion no me dejaba continuar.

— Porque... dije al fin dominándome, puedo decirle el nombre de sus padres, puedo arrojarla en los brazos de su hermana.

— ¿Pero á quién? dijo asombrado el padre Morales.

— A Margarita.

— ¿Pero qué Margarita es esa?

— La hija de Gabriela Galvez de la Roca, la hermana de Ines.

— Pero yo no comprendo á Vd.

— ¡Ah! sí... es verdad, perdone Vd., don Eugenio, no tiene nada de extraño; Vd. no sabe que el infame marqués de la Roca robó á Gabriela su hija menor para obligarla aterrándola á corresponder á sus amores.

— ¡Ah! ¡ya! pero ¿quién ha dicho á Vd.?...

— Lo adivino.

— Puede Vd. engañarse.

— ¡Oh! no me engaño, y si no veamos.

CLVI.

Y saltando por encima de los renglones del manuscrito, extractándole con la vista, resultó que no me habia engañado.

El robo de Margarita habia procurado al marqués la posesion de Gabriela.

Gabriela, que habia prescindido de su amor por salvar á su madre, prescindió de su honra como esposa por salvar á su hija, por recobrarla.

Y el marqués, satisfechos el deseo y el orgullo, que no el amor, no pidió ya amor á Gabriela, la pidió que le ayudase á robar á su marido.

Y Gabriela siempre pensando en su hija, Gabriela que habia deshonrado á su esposo, arruinó á su esposo, consintiendo en que el marqués se pusiese al frente de los negocios de su casa.

Sobrevino una quiebra.

Despues de esta quiebra, don Lorenzo de Fonseca, ya capitán de navío, desajareció de la Habana, nadie supo lo que habia sido de él.

CLVII.

Al llegar á este punto del manuscrito me estremecí. Yo sabia lo que habia sido de aquel desdichado.

Su hija, sin saber que era su padre, habia presenciado su muerte, una muerte horrible causada por un asesino infame.

CLVIII.

Dos días antes, cuando aun no conocia á Margarita, el hastío me enmohecia por decirlo así el alma.

Desde mi conocimiento con Margarita, lo extraordinario, lo terrible, se habia condensado en torno mio, y me iba faltando alma para sentir.

De suceso en suceso, de revelacion en revelacion, habia ido desarrollándose delante de mí un drama espantoso.

Y el final de aquel drama, el desenlace, amenazaba ser mas horrible todavía.

Yo estaba embriagado de horror.

Yo á quien nunca habia gustado el romanticismo artístico, me encontraba de repente con el romanticismo de la naturaleza.

Hay seres que han nacido para ser esponjas de crímenes.

Es decir, para absorber cuanto crimen hay posible.

Y prosiguiendo todas las gradaciones, todos los desarrollos del crimen en un ser humano, se encuentra con mucha frecuencia al monstruo excepcional.

Toda fiera tiene un aspecto lógicamente relativo con sus instintos.

Yo recordaba la figura del marqués á quien una sola vez habia visto: mas bien, á quien habia sorprendido.

El estado físico del marqués, su fisonomía, su voz, todo venia á ser la sintesis materializada de su historia.

El recuerdo de aquel hombre me daba horror.

La posicion especial en que Margarita se mostraba junto á aquel hombre, aumentaban mi amor, mi delirio hácia ella.

Yo estaba excitado, febril, loco, y no quise leer mas, no necesitaba leer mas, lo sabia todo.

CLIX.

Arrojé fatigado aquel terrible manuscrito dentro del secreter.

— ¿Y qué hacemos con estos papeles? me preguntó el padre Morales.

— Quemarlos.

— ¡Quemarlos!

— Sí por cierto, nadie debe saber la deshonra de esa desgraciada, y mucho menos sus hijas.

— Pero estos papeles podrian ser una prueba...

— Mas vale que Margarita no pueda probar quiénes han sido sus padres, que el que lo pruebe deshonrando á su madre.

Al decir yo esto, me sobrevino un nuevo terror.

Yo no podia evitar que Margarita conociese la deshonra de su madre si sabia de quién era hija.

Margarita sabia la deshonra de la esposa del capitán de navío don Lorenzo de Fonseca.

Y don Lorenzo de Fonseca era su padre.

CLX.

Sin embargo, tomé aquellos papeles y los acerqué á la luz de la bugia.

— Deténgase Vd., dijo el padre Morales: veamos antes de destruir esas pruebas lo que dice en este pliego cerrado.

— Pero este pliego está dirigido á Ines.

— No importa: las circunstancias son gravísimas: Ines es menor de edad: nosotros representamos providencialmente á sus padres: yo acepto la responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Y abrió con mano segura el pliego.

Dentro habia los siguientes documentos:

Partida de desposorios de don Lorenzo de Fonseca con doña Gabriela Galvez de la Roca.

Dos partidas de bautismo de sus dos hijas Ines y Margarita.

Una declaracion formal de la madre de que Margarita la habia sido robada por su primo hermano el marqués de la Roca.

Un mandato formal á Ines de reconocer por su hermana legítima á Margarita, caso de que fuera encontrada, y como señales de reconocimiento la declaracion de que era blanca, rubia, con los ojos azules, y de que tenia una pequeña rosa sanguínea en la parte superior del hombro izquierdo.

Esta declaracion estaba firmada por Gabriela.

CLXI.

— ¿Y conoce Vd. á esta hija perdida de la difunta? me dijo el padre Morales.

— La conozco tanto, como que la amo, le contesté, y espero que dentro de poco será mi esposa.

— Pues bien, quemaremos estos papeles, dijo el padre Morales puesto que tenemos estos documentos.

Yo quemé las cartas y el manuscrito de Gabriela.

Despues obligado por el padre Morales, guardé en mi cartera los documentos que debian probar la legitimidad de Margarita.

El padre Morales y yo abandonamos la casa.

CLXII.

Eran las nueve de la mañana.

Acompañé al padre Morales hasta la puerta de su casa, y una vez allí, me obligó á que subiese á tomar chocolate con él.

Subí.

En la sala, sentada junto á un brasero y rodeada de la hermana y de las sobrinas del padre Morales estaba la pobre Ines de Fonseca.

Al verme exhaló una exclamacion de alegría dolorosa.

— ¡Ah! exclamó levantándose, Dios tiene piedad de mí, pues le trae á Vd.

— ¿Pues qué sucede? dijo el padre Morales.

— Es que esta señorita estaba vivamente impaciente porque volviera, dijo la hermana del padre Morales: á pesar de que está enferma no ha querido permanecer en la cama.

— ¡Oh! sí, esperaba con impaciencia á Vd. para.... para que buscara Vd. á don Luis, á quien tengo que hablar de un asunto importantísimo.

— Estoy á la disposicion de Vd., Ines, la contesté.

— Sí... pero es necesario que yo le hable á Vd. á solas... y estas señoras me permitirán.

— Pues ya la creo, dijo el padre Morales: tú entre tanto, Magdalena, añadió dirigiéndose á una de sus sobri-

nas, haznos el chocolate... vamos, vamos... dejemos en libertad de hablar con don Andrés á nuestra amiga.

Y el buen padre Morales se llevó consigo á su hermana y á sus sobrinas que salieron llenas de curiosidad de la sala.

CLXIII.

Ines me asió con ansia una mano.

La mano de la pobre niña abrasaba, temblaba.

Me miró con ansiedad, y antes de hablar se puso alternativamente pálida como un cadáver y encendida como una puesta del sol.

— He estado veinte y cuatro horas sin saber lo que era de mí, me dijo: dominada por el dolor, aterrada, loca: cuando ese primer período terrible ha pasado... he pensado con terror... he pensado...

Ines volvió á ponerse encendida.

— He pensado en mi hijo.

— ¡Ah! dije: sí, el hijo de Luis.

— Luis... ¿le conoce Vd.?

— Mucho: es mi amigo... y espero que será mi hermano cuando se case.

— ¡Cuando se case! exclamó poniéndose pálida: ¡se va á casar!

— ¡Con Vd.! la dije no queriendo mortificarla con ambigüedades.

— ¡Conmigo! dos años hace que debía haberlo hecho, y sin embargo... cuando mis padres eran ricos, Luis me hablaba continuamente de una union anhelada... despues cuando mi padre quebró, cuando desapareció, cuando amparadas por el buen Pablo, que de acreedor nuestro se convirtió en protector, casi en esclavo, nos vinimos á España, Luis me escribió: sin embargo, despues de nuestra ruina, cuando ya no pensaba casarse conmigo, abusó de mi credulidad, de mi amor: al poco tiempo de llegar á España dí á luz á mi hijo.

Ines inclinó la cabeza y rompió á llorar.

— Estoy aterrada, me dijo: no sé lo que habrá sido de mi hijo... porque... una pobre vecina le tiene consigo... cerca de nuestra casa: yo iba allí furtivamente, daba el pecho á mi hijo, en secreto, y me volvía.

Ha pasado mucho tiempo desde que no veo á mi hijo: esa mujer es muy pobre.

— ¿Cómo se llama?

— Ana.

— ¿Su número?

— El diez y siete.

— Adios, dije á Ines; y salí sin despedirme de nadie.

Temia otro nuevo horror, porque soplabá para mí desde tres dias antes viento de horrores.

CLXIV.

Tomé un carruaje, y me fui á escape á casa de Ana, número 17.

Encontré á la buena mujer acompañada de una vecina que daba de mamar á una hermosa criatura.

— ¿Es de Vd. ese niño? la dije acercándome.

— No, no señor, me dijo la buena mujer: es hijo de una pobre jóven á quien se le ha muerto la madre, y que se ha ido no sabemos á dónde: pero ella vendrá, y entre tanto yo daré de mamar á su hijo.

— ¿Es Vd. casada?

— Sí, señor, gracias á Dios.

— ¿Y Vd. se llama Ana? dije á la otra.

— Para servir á Vd.

— Pues bien, dije sacando de mi cartera un billete de quinientos reales, y entregándole á Ana: cuiden Vds. de ese niño: su madre está enferma y no puede venir por ahora, pero vendré yo todos los dias.

Las dos mujeres me miraron como si quisieran decirme con los ojos:

— ¿Es Vd. su padre?

— Su padre vendrá tambien conmigo, contesté dando por hecha la pregunta.

— Descuide Vd., caballero, descuide Vd., por lo que toca á mi Luis, y digo á mi Luis, porque le quiero como si fuera mi hijo: y aunque su madre no hubiera vuelto no hubiera faltado quien le criara: si tome este dinero, es porque se conoce que Vd. es muy rico, y nosotros somos muy pobres: pero la pobreza no le hace para tener caridad.

— Gracias, y hasta mañana, dije metiéndome en el carruaje de plaza y dando al cochero las señas de mi casa.

CLXV.

A esto eran ya cerca de las doce del dia, hora en que habia prometido á Luis ir á buscarle á la quinta de su tío.

Me vestí, y en uno de mis carruajes me hice llevar á la quinta.

Cuando el coche paró en el soportal de la tapia de la quinta, Pedro que se acordaba de la manera de llamar necesaria en aquella puerta, estuvo tirando diez minutos sin cesar de la cadena.

Al fin acudió M. Rouget, pero con grande asombro mio, su semblante de remolacha estaba pálido como la penca de una aceña.

— ¡Ah! señor! excelentísimo señor, me dijo al verme bajar del carruaje: Dios le trae á Vd., Dios le trae.

— ¿Pues qué sucede, M. Rouget?

— ¡Oh! una cosa formidable, espantosa, verdaderamente espantosa: el tío y el sobrino, el sobrino y el

tío: ¡ah, señor... señor!... entre Vd. al momento... como que la puerta cede... yo no sabia que su excelencia... que el señor marqués tenia tanta fuerza... ¡ah, señor! quise mediar, quise ponerme por medio, y el amo me pegó un puntapié, que... que no me deja andar derecho ni casi respirar.

Si yo hubiera tenido humor para reirme, nada mas á propósito para causar la risa que el semblante compondido y el acento lastimero de M. Rouget.

CLXVI.

Pero era demasiado grave lo que M. Rouget me decia para tomarlo á broma.

Se trataba de una colision entre el tío y el sobrino.

¿Y porqué?

Yo necesitaba saberlo, pero no necesité preguntarlo.

El puntapié que le habia arrimado su amo habia hecho extraordinariamente locuaz al hasta entonces reservadísimo M. Rouget.

Porque como él decia, la indignidad del tratamiento que se habia permitido su excelencia para con él despues de diez años de buenos servicios, le dispensaba de toda consideracion, le ponía en el caso de abandonar la casa.

— ¿Qué culpa tengo yo, exclamaba, de que la señorita haya venido tarde esta mañana: de que haya por esto querido maltratar á la señorita, y que á los gritos de la señorita haya acudido don Luis y se haya insolentado con su tío? ¿debia yo dejar, señor, que el tío y el sobrino se mataran?

— ¡Cómo! ¿ha llegado ese caso?

— Ha habido silletazos y lucha: el marqués tiene un chichon sangriento en la cabeza, y don Luis un mordisco en el hombro.

— ¿Y la señorita?

— No lo sé, porque cuando yo acudí, la señorita habia escapado, y está encerrada en su cuarto: pero es el caso, que hace cuatro horas que el marqués está golpeando y arrojando los muebles contra la puerta del aposento, donde á fuerza de puños le ha encerrado su sobrino, y su sobrino está con un revolver en cada mano esperando á que salga su tío: Dios le ha traído á vucencia, señor, porque el señorito don Luis hará caso de Vd. mas que de nosotros: cuando uno de nosotros asoma por una puerta nos apunta, y como es capaz de todo porque está loco... y haberle tocado á la señorita, de quien está enamorado como un loco...

CLXVII.

M. Rouget habia charlado todo esto mientras atravesábamos el espacio que mediaba desde el portalon de la cerca al vestíbulo de la casa.

Cuando entré en ella oí en el piso superior un golpe retumbante.

Poco despues otro.

— Así, así está hace cuatro horas golpeando yo no sé con qué en la puerta; venga vucencia, señor, creo que vamos á llegar á tiempo.

— ¿Pero á tiempo de qué?

— De que el señorito don Luis se vaya y no parezca mas por aquí.

— ¿Pero y la señorita?...

— Que se vaya tambien: es lo mejor que puede hacer... yo por mi parte me voy, y todos nos vamos: hasta el negro: que se quede solo: ¡si quiere matar á todo el mundo!

En aquel momento llegábamos al piso superior y entrábamos en una magnífica antesala.

Magnífica por su construccion, por sus pinturas y por sus muebles.

— ¡Ha cerrado la puerta! exclamó M. Rouget.

— No importa, le dije.

Y me acerqué á la puerta.

Entonces oí gritar á Luis.

— Firme, firme; mi buen tío, decia: golpea, golpea: rompe esa tabla que te separa de mí, pero no esperes hacer conmigo lo que hiciste el dia 23 de mayo con mi tío Lorenzo: ahora estamos en invierno, y además mi otro pobre tío no tenia en las manos lo que tengo yo: puedo hacerte diez agujeros en la piel, mi querido marqués, y esto ya es mucho para inspirarme confianza: golpea, querido tío, golpea: ¡pero voto al veinte y cinco de mayo! como no me des veinte y cinco mil reales que me hacen falta, y no pidas perdon á Margarita por lo que has querido hacerla y á mí por lo que me has hecho, te declaro que permanecerás preso é incomunicado.

Golpeé de nuevo la puerta.

— ¿Quién llama por ese otro lado? dijo Luis: ya os he dicho, bribones, que os guardéis bien de mezclaros en mis asuntos.

— ¡Eh! ¡soy yo, Luis! le dije.

— ¡Ah! ¡eres tú, Andrés! respondió: espera, voy á abrir.

Y abrió la puerta.

Al abrirla ví en el pasillo un mechon largo de hermosos cabellos rubios.

Al ver aquellos cabellos me aterra, y mis ojos se fijaron asombrados en ellos.

— Sí, sí: cabellos de Margarita, me dijo Luis: cuando yo acudí, habia sido tal la lucha de la pobre con mi tío...

— ¿Cómo!

— Parece que esa señorita ha tardado en venir á casa mas de lo justo, y habia sido echada de menos: el mar-

qués la esperaba, y en su cólera... los talismanes por esta vez han sido inútiles: ni á ella le ha valido el llevarse la mano al cuello, ni á mí el citar una y mil veces el 23 de mayo... ó mi tío ha recobrado la razon, ó ha acabado de volverse loco: oye, oye, cómo ruge... y cómo golpea...

— Pero Margarita...

— Con la lucha... (cuando yo llegué luchaban á brazo partido, y el marqués se esforzaba por agarrarla del cuello) con la lucha, á la pobre chica se la soltó el pelo, y como le tiene tan largo y tanto, al huir, cuando yo santigué á mi tío con un silletazo en la cabeza, se la enredó el pelo en el pasador de la puerta, y ahí tienes, Andrés, ahí tienes. Yo aproveché el aturdimiento de mi tío causado por el golpe que habia recibido, y le encerré en su gabinete: á poco empezó como ahora, á golpear yo no sé con qué á la puerta: ¡ah! se me olvidaba: ahí tienes á M. Rouget que no sabe lo que le pasa: ¡ha recibido un puntapié! Tío, mi querido tío, añadió gritando: M. Rouget está inconsolable: te aconsejo que le despidas, porque si continúa en tu cocina, va á ser capaz de envenenarte.

— ¿Y Margarita? exclamé.

— ¡Eh! qué sé yo: escapó.

— Se ha encerrado en su aposento, dijo M. Rouget: pero, señorito don Andrés, por el amor de Dios, mire V. E. que el señorito don Luis es capaz de cualquier cosa, que la puerta cruge.

— ¿Porqué das tratamiento de excelencia á Andrés y no me le das á mí, bribon?

— Por costumbre, señorito: ¡pero por el amor de Dios, esas pistolas!

— ¡Ah! sí: estas pistolas: me habia olvidado de que tengo un medio de hacer que te largues de aquí.

Y apuntó á M. Rouget de tal manera que este salió á escape.

— Pues señor, dijo Luis, estoy arruinado: el 23 de mayo no produce ya efecto en mi tío.

— La puerta cede, Luis.

— En buen hora; ¿no somos dos?

— Por lo mismo, deja esas armas: dámelas.

Luis me entregó maquinalmente las pistolas.

CLXVIII.

En aquel punto se abrió violentamente la puerta, y cayó cerca de nosotros una enorme losa de mármol, el tablero de una mesa, de la que sin duda el marqués se habia valido como un ariete para forzar la puerta.

El marqués que se habia lanzado sobre su sobrino, se detuvo al verme junto á él.

— ¿Qué hace aquí este hombre? dijo con acento opaco: ¿qué quiere en mi casa?

El marqués estaba verdaderamente horrible.

Sus largos cabellos blancos descompuestos, sus ojos calenturientos, sus megillas lívidas, su boca espumante, todos sus miembros agitados por ese temblor especial, terrible, que se nota en los ijares del leon cuando se prepara á acometer, su camisa rasgada dejaba ver por completo su cuello árido y su pecho huesoso, su larga bata negra desordenada, todo en él era repugnante, tremendo.

Fijaba en mí una mirada ferozmente interrogadora.

— Vengo, le dije con voz tranquila y fría, vengo, señor marqués, á dar cuenta á Vd., de que Gabriela Galvez de la Roca ha muerto... llamando á su hija Margarita.

— ¡Margarita es hermana de Ines! exclamó Luis dándose un golpe en la frente y mirándome con espanto, mientras el marqués retrocedía fijando en mí una mirada de terror.

— Pablo, el africano, Moene-Dilolo, el señor del lago, el esposo de Rosalía, ha muerto tambien.

— Las tumbas me llaman, exclamó sordamente el marqués retrocediendo aun.

— Y Margarita sabe, exclamé bajo la inspiracion repentina de una idea, que el amante de su madre, el que asesinó el 23 de mayo á su padre es...

El marqués dió un grito horrible y escapó antes de que pudiera pronunciar su nombre.

Me quedé solo con Luis.

(Se continuará.)

La guerra de Sicilia.

El autor de las cuatro páginas de dibujos sobre la guerra de Sicilia que damos en este número, M. Ch. de la Varenne, escribe de Palermo con fecha 23 de junio esta correspondencia:

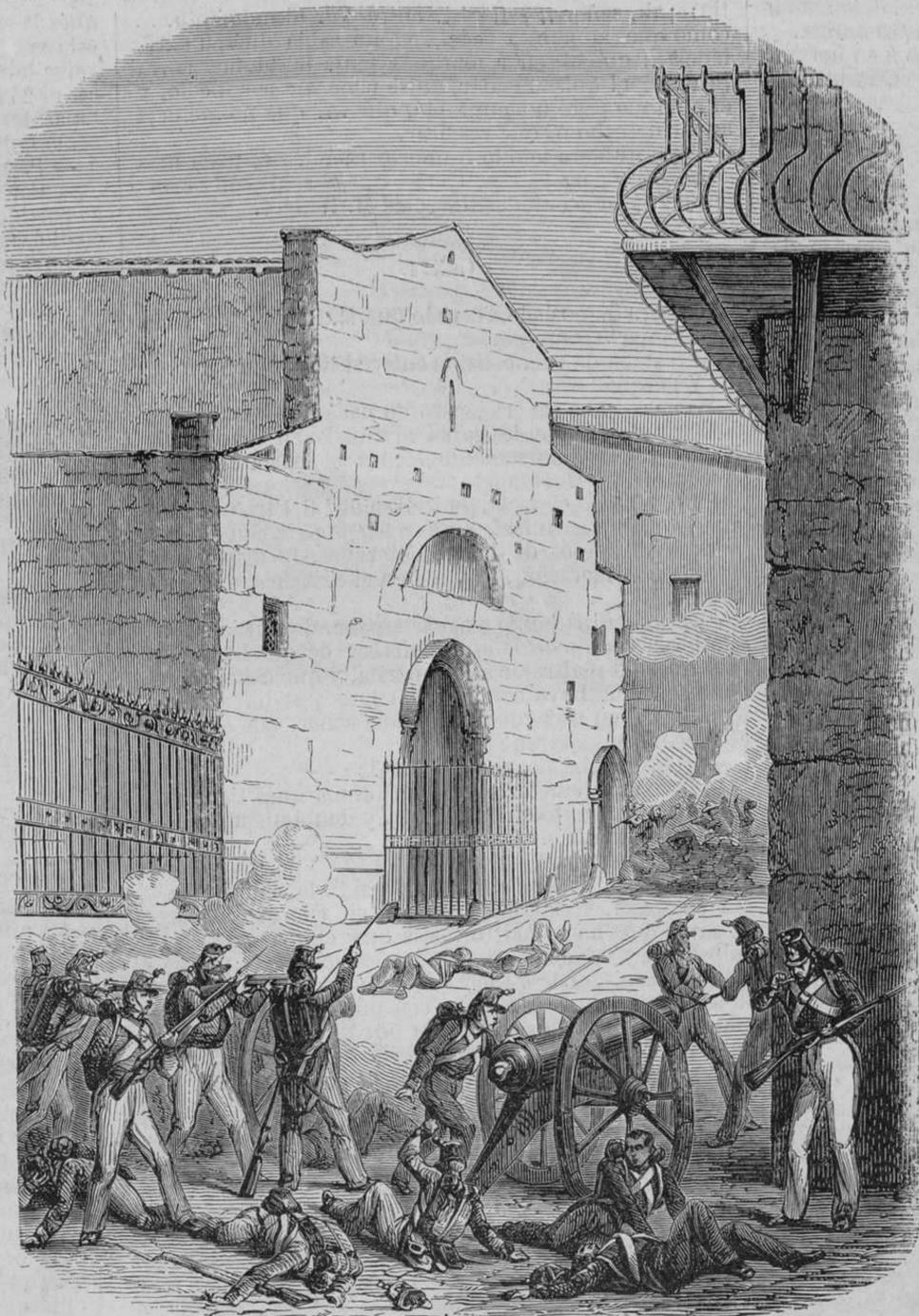
No sé cuándo llegarán á Paris, ni esta carta, ni los dibujos que la acompañan; pues aun no existen comunicaciones regulares entre Palermo y el continente. Se habla de un servicio postal que se va á organizar pronto; pero entre tanto los despachos deben seguir una via indirecta.

Desembarcado en Mesina en los primeros dias de este mes, he visitado rápidamente esta hermosa ciudad, hoy desierta, donde sólo algunos miles de infelices se han quedado con la guarnicion, pues todos los que poseian alguna cosa han emigrado clavando las ventanas y las puertas de las casas, despues de haber vaciado estas.

En breve me hallaba en Catania, agitado aun con el combate que produjo la retirada de las tropas reales y lleno de alegría á pesar del incendio de sus mejores barrios; despues, atravesando el interior de la isla, veia con penosa emocion la noble y rica capital de la Sicilia,



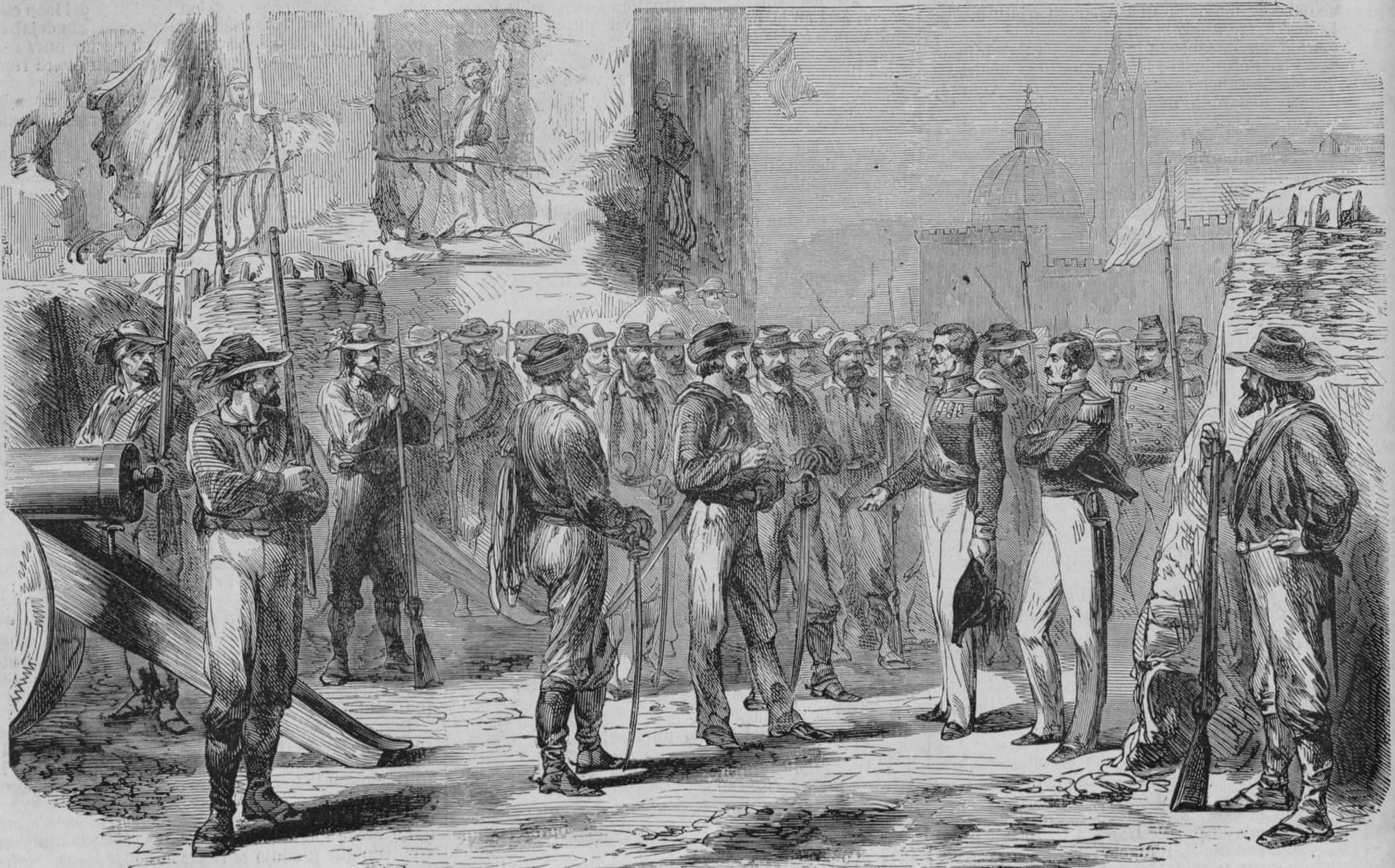
VOLUNTARIO SICILIANO, LANCERO.



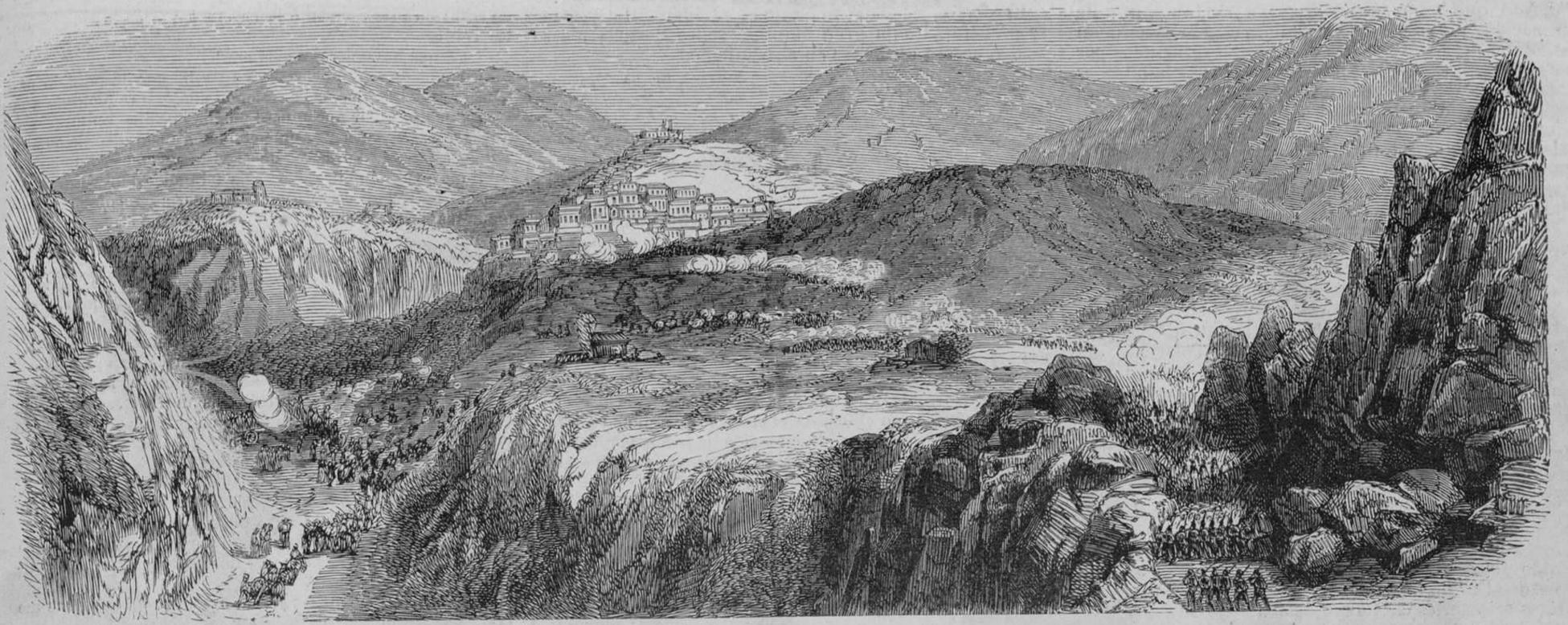
COMBATE Y TOMA DEL CONVENTO DE LA GRACIA EN PALERMO.



VOLUNTARIO SICILIANO, ECLESIASTICO.



ENTREVISTA DE LOS PARLAMENTARIOS NAPOLITANOS Y DEL ESTADO MAYOR SICILIANO EL 30 DE MAYO DE 1860.



CAMPO DEL COMBATE DE CATALAFIMI.



INCENDIO DEL BARRIO DEL PALACIO REAL EN PALERMO.



SOLDADO NAPOLITANO.

PUESTO DE VOLUNTARIOS SICILIANOS DETRAS DE UNA BARRICADA.

ESBIRRO SICILIANO.

Palermo, que había dejado antes tan llena de lujo y de animación, y que me aparecía ahora como envuelta en las ruinas del bombardeo, con las calles obstruidas por los restos humeantes de sus palacios, y sus habitantes armados detrás de las barricadas para defender una victoria tan caramente comprada.

Las tropas napolitanas seguían ocupando los fuertes; asistí á su embarque final, último acto de una empresa que será considerada en la historia como un prodigio único de audacia, de ciencia militar, de bizarría inaudita y de suerte.

No hablaré de las causas que precedieron á la revolución, ni de los detalles de la expedición de Garibaldi, la marcha de Marsala, el combate de Catalafimi, etc.; llego en seguida á la peripecia del drama.

Después de Catalafimi, una serie de marchas admirablemente estudiadas llevaba al ejército libertador á la cumbre de las montañas que cercan á Palermo.

El 24 de mayo una fuerte columna de tropas reales marchaba al encuentro de Garibaldi. Por una de esas estratagemas que solo salen de él, Garibaldi, fingiendo retirarse, dejaba que los napolitanos persiguieran un cuerpecillo de aldeanos sicilianos en la dirección de Corleone; y mientras el general Lanza, comandante militar de Palermo, anunciaba pomposamente que los filibusteros estaban derrotados y huyendo, Garibaldi, con su cuerpo expedicionario bien disminuido y seguido de varias escuadras de aldeanos armados, bajo el mando del general la Masa, se presentaba delante de Palermo el 27 de mayo á las tres de la mañana.

Unos seiscientos cazadores de los Alpes se precipitaron á bayoneta calada por esa gran ciudad, defendida por 27,000 hombres de tropas regulares y colocada bajo el fuego de la formidable artillería de los fuertes de mar.

Para explicar en dos palabras la empresa, sus dificultades y su buen éxito, se puede comparar Palermo con una esfera en la cual el Palacio Real y sus cercanías ocupan la parte alta, los fuertes de mar la baja, y que está cortada transversalmente por una larga línea recta que se llama la calle de Macqueda, con una puerta en cada uno de sus extremos.

Por una de estas, la de Termini, penetró Garibaldi en Palermo poniendo en fuga á los soldados que la guardaban. Inmediatamente, ocupando la calle Macqueda en todo su largo, y cortando la ciudad por inmensas barricadas que los habitantes despiertos de repente comenzaron á construir con ardor, aisló el Palacio Real de los fuertes de mar, en tanto que por fuera los campesinos armados interceptaban igualmente toda comunicación y bloqueaban á Palermo.

Un horrible bombardeo principió al instante hecho por los fuertes de mar (*Castellamare*, hoy destruido por la población con los curas y los tralés á la cabeza) y de la flota que estaba delante de la marina. Al mismo tiempo unos 8,000 napolitanos acampados en la plaza del Palacio Real y en el mismo palacio en torno del general Lanza corrieron al ataque de las barricadas, saqueando los barrios vecinos. — Pero á pesar de las bombas, el incendio, la metralla y el asalto cuerpo á cuerpo, los soldados de Garibaldi y los palermitanos no cedieron un paso y pronto tomaron á su vez la ofensiva.

Fué aquella una batalla indescriptible de tres días y tres noches. Los fuertes de mar y la flota acumulaban ruinas sobre ruinas, cadáveres sobre cadáveres. Pero los defensores del Palacio Real, sin víveres y sin agua, llegaron pronto al último extremo y tuvieron que pedir gracia. — Se presentaron á Garibaldi parlamentarios napolitanos, generales y coroneles, de parte del general Lanza, á solicitar una capitulación que fué acordada. Las tropas reales debían cesar el bombardeo, evacuar Palermo y retirarse por mar á Mesina ó á Nápoles.

En tres días Garibaldi había libertado á la capital, y con ella á toda la isla.

En el momento en que se arreglaban las negociaciones, una última descarga salida de las filas napolitanas dejaba muerto sobre una barricada al bizarro coronel Carini.

Desde las primeras horas del ataque, los reales habían dejado libres las puertas de las prisiones llenas de detenidos políticos, que al punto salieron á la calle; pero en un calabozo de la ciudadela (*Castellamare*) había ocho nobles encerrados que esperaban la muerte por mano del verdugo, y eran: el duque de la Verdura; el príncipe de Monteleone-Pignatelli; el príncipe de Niscemi, hijo; el duque de Cesaro; el baron Riso Colobria; el príncipe de Guardinelli; el marqués de San Giovanni y el padre Octavio Lanza, de los príncipes de Butera.

Por salvarles la vida Garibaldi concedió á la guarnición de Palermo que se retirase con armas y bagajes y el material de las fortalezas.

— Esos señores nos cuestan seis millones, decía riendo el 19 de junio cuando los nobles acudieron á dar gracias á su libertador á su salida de la cárcel.

Añadiremos que inmediatamente cinco de ellos se engancharon como simples soldados en el ejército siciliano.

Durante el combate de los tres días Garibaldi había establecido su cuartel general en el palacio del Senado (casa de ayuntamiento), milagrosamente preservado de las bombas, en tanto que en su derredor los palacios y conventos se hallaban reducidos á cenizas.

Después de la evacuación del Palacio Real se trasladó á él, y allí vive, bajo esos techos dorados, como en su campamento, trabajando sin cesar, incansable en oír y en responder, alimentándose con pan y algunas cebollas, y levantándose antes de amanecer para verlo todo por sus propios ojos.

El ejército nacional se organiza rápidamente, y todo se prepara para la gran empresa sobre Mesina; todos tienen entera confianza en el resultado.

CH. DE LA V.

Revista de Paris.

En ninguna parte la beneficencia se disfraza con formas mas variadas que en el seno de esta capital. Los alumnos de una de las instituciones de enseñanza mas célebres de Paris organizaron en la semana última una funcion dramática y musical, á la que se hallaban convidados sus parientes y amigos. El patio de recreo había sido transformado en una sala de espectáculo llena de luces, á cuyo resplandor brillaban los frescos prendidos de las madres y las hermanas de los jóvenes convocadas á esa fiesta de familia.

Un verdadero teatro con telon, bastidores, tablado y orquesta se elevaba en el fondo del patio. A las ocho en punto se alzó el telon, y comenzó la ejecución de una bonita comedia del teatro del Gimnasio titulada: *el Burgomaestre de Saardam*, á la cual sucedió un intermedio.

En este intermedio un alumno recitó una poesia titulada: *los Pobres*, escrita con un profundo sentimiento de compasión hácia los desgraciados. El público se conmovió con la lectura, y cada cual contribuyó seguidamente con una limosna en favor de los menesterosos.

Después un joven moldavo con una voz melodiosa y simpática hechizó al auditorio cantando dos romanzas de un gusto delicadísimo; y le sucedió un inglés de doce años que sorprendió á todo el mundo con su agilidad en el piano.

La funcion se concluyó con una comedia en verso titulada: *Las incomodidades de la grandeza*.

La ejecución fué inmejorable: los jóvenes aficionados hicieron laudables esfuerzos coronados con el éxito mas feliz, y todos quedaron sorprendidos al hallar en aquellas tiernas inteligencias disposiciones tan precoces para el arte dramática, la mas difícil quizá de todas las artes.

Es verdad que los actores improvisados habían sido guiados en su tarea por un artista de talento, M. Alfred, que representó con perfección el papel de protagonista en el *Burgomaestre*.

En suma, la funcion proporcionó una noche divertida á los jóvenes colegiales y una abundante limosna á los pobres.

Tenemos que hablar esta semana de una antigua celebridad, madama Saqui, la volatinera mas diestra y atrevida que han conocido los franceses. Los saltos del Niágara de M. Blondin son nada en comparación de las proezas de esta mujer, que figuró con sus prodigiosas habilidades en todas las grandes fiestas del primer imperio.

Madama Saqui había ganado mucho en el ejercicio de su profesion; pero por desgracia ni ha sabido cuidar de sus intereses, ni ha obrado nunca con medida en el socorro de los infortunados. Caminando de desastre en desastre, madama Saqui ha llegado á encontrarse enteramente arruinada en estos últimos tiempos; y viéndose así, la intrépida mujer vino á soñar una cosa imposible.

Tenia entonces sesenta y seis años (hoy tiene algunos mas), y sin reparar en su edad se dirigió al director del Hipódromo y le dijo:

— Usted sabe quién soy, ¿no es verdad?

— Sí por cierto.

— Pues bien; ponga Vd. una cuerda en su circo desde la arena hasta la techumbre, y yo subiré por ella como he hecho tantas veces.

— ¿Se atrevería Vd.?

— Estoy bien decidida; anuncie Vd. mi nombre en los carteles, y en vista del producto de la funcion me dará Vd. lo que guste.

El director del Hipódromo dijo que tenía que pedir licencia antes de acceder á su demanda, y en efecto, dió parte al ministro del Interior de la heroica proposición de madama Saqui.

El ministro hizo acordar una pensión á la osada volatinera que quería escalar el cielo á una edad en que apenas podía sostenerse en la tierra.

Con esa pensión vive modestamente madama Saqui retirada en Sablonville en una casa situada cerca del bosque de Boulogne, al lado de la capilla fúnebre erigida en honor del duque de Orleans, querida de todos por su buen carácter, su alegría y su deseo de servir á todo el mundo.

¿Quién diría que á ese retiro apacible ha ido á buscarla una mujer infame, para darla en su vejez un golpe bien doloroso, para presentar un instante á su vista un porvenir mejor sin otra intención que la de robarla miserablemente?

Era el 30 de junio por la mañana. Pero dejemos hablar á madama Saqui, que cuenta de este modo su catástrofe ante el tribunal.

«El 30 de junio al fin de la misa de nueve que oigo todos los días en la capilla del duque de Orleans, una mujer vestida de negro, á quien yo no conocía, me hizo ademán de que me acercara, y con mucha afabilidad me suplicó la designara algunos pobres á quienes pudiera dirigirse para socorrerles. Yo, temiendo engañarme, le respondí que mejor sería que entregase sus limosnas al capellan, quien podría desempeñar esa comision caritativa con mas acierto.

La enlutada vino á sentarse á mi lado y se puso á rezar. Un instante después se levantó con precipitación, corrió hácia la puerta, y me esperó para darme el agua bendita. Entonces volvió á entablar conversacion, preguntándome quién era y dónde vivía. Yo la dije que era madama Saqui, y la indiqué mi casa.

— ¡Cómo! exclamó; ¿con que es Vd. madama Saqui.

— Para lo que Vd. guste mandar.

— Pues cabalmente es á Vd. á quien busco.

Estoy encargada por la condesa Aguado de llevar á Vd. á

su casa; en este momento la espera á Vd. en la avenida de las Ternas.

— ¿Y qué me quiere esa señora?

— Conoce sus desgracias de Vd.; sabe que ha perdido usted su fortuna, y que está viviendo con el producto de una escasa pensión, á la que quiere añadir ella una renta de 500 francos, y entregar á Vd. en seguida otra cantidad de 500 fr. Vamos á casa de Vd. para que se vista y venga conmigo.

Yo me quedé atónita: llevé á la tal mujer á mi casa, y así que entró me hizo cerrar todas las puertas, recomendándome la mayor discrecion sobre todo lo que me acababa de exponer, y suplicándome que hablase bajo para que no me oyera la criada.

Entonces me dijo que me vistiera y que ocultase mi reloj, mis sortijas y todas las joyas que tuviera; y uniendo la acción á la palabra, se puso á registrar todos los muebles, buscando el dinero y las prendas de algun valor. Esto lo hacia tan de prisa, que yo no la ví coger ni mi cadena ni mis lentes; quedaban mi reloj y mis anillos; tomó el reloj y fingió ocultarle en la gaveta de uno de mis muebles, diciéndome que la condesa Aguado debía llegar en seguida y era preciso que no viese ninguna de mis joyas.

También me arrancó todas las sortijas que tenía en mis dedos, é hizo como que las guardaba en la misma gaveta.

Entre tanto me había yo vestido; la desconocida me echó los brazos al cuello y me abrazó diciendo:

— ¡Dios mio! ¡cuánto me alegro por el bien que va Vd. á recibir! Pero vamos pronto, que nos está esperando la condesa.

Salimos juntas, y al llegar á la avenida de las Ternas me puso en la mano franco y medio y me dijo:

— Tome Vd. esto y vaya á esperarme á la iglesia de San Fernando, que yo voy á buscar á la condesa.

— ¿Pero no está en la avenida de las Ternas como dijo Vd.?

— No, señora; voy á buscarla; está en su casa.

Entonces una sospecha acudió á mi mente.

— ¿Está Vd. bien segura, la pregunté, de haber encerrado en la gaveta todos los objetos que me ha tomado Vd.?

— ¡Cómo! exclamó volviéndose sorprendida; venga Vd. y lo verá.

Su seguridad me convenció: proseguí mi camino y me dirigí hácia la iglesia.

— Adios, mi buena señora, me dijo estrechándome las manos; vaya Vd., y tome este paraguas que la regalo para que conserve un recuerdo mio.

Llegué á la iglesia; pero antes de entrar en el templo me volví para ver dónde estaba mi nueva amiga, y la descubrí ya muy lejos subiendo la calle de Armaillé y corriendo á todo correr.

Entonces comprendí claramente que había sido robada; quise volar hácia ella, pero las fuerzas me faltaron, y comencé á gritar para que la detuvieran. Varias personas que partieron en su persecucion lograron alcanzarla en el momento en que acababa de subir á un coche de alquiler para poder fugarse con mas presteza.

En el carruaje la trajeron adonde yo estaba. Como la emocion me sofocaba y no podía andar, subí al coche yo también, y fuí á dar mi queja al comisario de policía.

Aquí concluye el relato de madama Saqui, tal como le traen los diarios judiciales: ahora diremos que la enlutada se llama Maria Josefa, y que no habiendo podido negar el robo, pues la cogieron encima todos los objetos de algun valor que poseía madama Saqui, ha sido condenada á trece meses de cárcel.

Ya que hablamos de tribunales, vamos á reseñar en breves palabras un crimen espantoso que ha ocupado sobremodera la atención pública en estos últimos días.

En la jurisdiccion de Saint-Cyr en Mont-d'Or vivía la familia Gayet, compuesta de la viuda Desfarges, mujer de setenta años; de su hija madama Gayet, también viuda, de treinta y ocho años de edad, y de Petra Gayet, hija de la última, que apenas llegaba á los trece.

Estas señoras caritativas y piadosas eran muy estimadas en el pais. La gracia, el entendimiento y el noble corazón de la niña encantaban á cuantos tenían ocasion de conocerla y tratarla, y entrambas viudas se consagraban á la educación de la niña con amor y orgullo maternal.

Por lo demás, la familia era rica, y la vida de estas señoras podía citarse como un modelo de orden y de costumbres laboriosas.

Un tal Joannon, hombre de fatales antecedentes, perseguía hácia tiempo á la viuda Gayet con sus pretensiones amorosas que fueron siempre muy mal recibidas.

Joannon se dirigió una vez á un amigo suyo llamado Deschamps, pariente lejano de las señoras, y le propuso el asesinato y robo de estas, á lo que aquel accedió seducido por la codicia.

En seguida repitió la misma proposición á un tal Chretien, que se dejó arrastrar al crimen como el otro.

El día 14 de octubre último á las seis de la tarde, acababan de comer las señoras Gayet y se hallaban sentadas en la cocina, cuando vino á estallar una tempestad horrorosa.

Lluvia á torrentes, y los truenos y los relámpagos se sucedían sin cesar, cuando aparecieron los individuos mencionados, penetrando por la cocina en el piso bajo, con el pretexto de que querían guarecerse de la lluvia.

Las señoras con la mayor afabilidad les ofrecieron asiento, pero en esto Joannon hizo una señal, y cada cual se arrojó á su víctima; esto es, Joannon á la viuda Gayet, Chretien á la anciana y Deschamps á la niña.

Del primer golpe Chretien acabó con la viuda Desfarges, y Petra murió también lanzando un grito á la primera puñalada de Deschamps. La viuda Gayet trató de defenderse, pero en vano, pues cayó igualmente bañada en sangre; y entonces su asesino satisfizo en ella su bárbara pasión, al mismo tiempo que la niña era objeto de igual ultraje por parte de Deschamps.

Los asesinos se lavaron las manos, tomaron una luz, abrieron una cómoda, cogieron entre otras cosas unos relojes y un bolsillo con 1,350 fr., y huyeron por la ventana.

Pocos días después Chretien y su mujer fueron á vender unos relojes á Lyon; el relojero, entrando en sospechas, dió parte á la autoridad que se apoderó de Chretien, en cuya casa se encontró el bolsillo con el dinero.

Chretien, aunque negó en un principio, después confesó el crimen con todos sus pormenores, y entonces se apresó á sus cómplices, que han sido juzgados y condenados como él á la pena de muerte.

En Lyon ha propuesto un periódico una suscripción para levantar un monumento á las infelices víctimas de un crimen tan horrendo.

MARIANO URRABIETA.

El mal de amores.

I.

De aquellas edades llamadas de oro
Un cuento, lectoras, os voy á contar;
Si acaso os parece pueril ó cansado,
Dejad su lectura, no os quiero cansar.

Mi objeto es tan sólo narraros la historia
De dos corazones heridos de amor;
Si os gustan acaso los cuentos de amores,
Seguidme leyendo, prestadme atención.

II.

Con paso ligero la bella pastora
De rostro hechicero, de talle gentil,
Que envidian las auras, las flores, la aurora
De las siempre frescas mañanas de abril,
Al prado bajaba

Conduciendo sus mansas ovejas;
El aire azotaba
Las ricas madejas

De sus luengos cabellos de oro,
Y las aves que en torno volaron
Con ella formaron
Blandamente dulcísimo coro.

Era Celia, la linda zagala,
Requerida por muchos de amores;
En belleza ninguna la iguala,
Que atesora virtudes mayores.

Feliz como el niño
Que plácidamente su tierno cariño
Demuestra inocente

De su madre arrullado en los brazos,
Ella libre y contenta vivía,
Y amor todavía

Se guardó de tenderla sus lazos.

De un arroyo en la verde ribera
Sentada la hermosa
Zagala hechicera,
Cantaba gozosa

De las aguas el curso mirando;
Mas de pronto levanta sus ojos,
Y allí junto á ella
Halló suspirando

Un mancebo que en blanda querella
Así la explicaba
El amor que en su pecho guardaba.

Pastorcita del alma querida,
Zagala donosa,
Mas bella y garrida
Que en mayo la rosa;

Si tu tez en blancura se atreve
A ser tal que oscurece á la nieve;
Si das con tu aliento
Perfumes al viento

Y al valle alegría,
No por eso, pastora, te engría
Tu buena fortuna,
Ni apellides mi fe de importuna.

Tú lo sabes, pastora; la calma
Perdí de mi alma
Tan solo al mirarte;

Por las altas veredas del cerro,
Por las sendas del bosque frondoso,
Noche y día yo vengo á buscarte

De verte ganoso;
Mas ¡ay! que al hallarte
Me atormentan tus fieros rigores,
Y vivo muriendo,

Por tí padeciendo
El mal de los males, la cuita de amores.

Si tu amor, aunque lucho y padezco,
Lograr no merezco;
Si al fin he nacido
Condenado á sufrir sin quejarme

De tu altivo rigor los enojos,
Si tu amor, aunque lucho y padezco,
Lograr no merezco;
Si al fin he nacido
Condenado á sufrir sin quejarme
De tu altivo rigor los enojos,

Pueda yo cuando menos, rendido

Beber en tus ojos

Veneno escondido

Que termine mis fieros dolores;

Que sane mi herida,

Que acabe mi vida,

Curando por siempre mi cuita de amores.

Esto dicen que le dijo

El pastor á la pastora,

Y hay quien cuenta que la jóven

Le escuchó de amor absorta.

La crónica sin embargo

Pasa á tratar de otras cosas,

Y aquí queda interrumpida

Por un instante la historia.

Si ambos á dos sostuvieron

Larga plática sabrosa

O la entrevista fué breve,

De todo punto se ignora.

Lo que se sabe de fijo

Es que en citas amorosas

Juntos á verse tornaron

El pastor y la pastora.

A la márgen del arroyo,

Que flores y arbustos hordan,

El uno de amor suspira,

Palpita de amor la otra.

Pasó la estación florida

Y el estío con sus horas

De calor; luego el otoño

Vistió la tierra de hojas.

Y los árboles desnudos

Que la lluvia y viento azotan,

De copos de blanca nieve

Tristes la carga soportan.

Los aquilones rugieron,

La tempestad bramó sorda,

Y creciendo el arroyuelo

Inundó la vega toda.

Y es fama que algunas veces,

Desafiando la cólera

Del invierno, allí se hallaron

El pastor y la pastora.

El uno de amor suspira,

Palpita de amor la otra,

Y amor aumenta incansante

La hoguera que los devora.

Al volver la apacible primavera,
Celia y su amante, sin faltar un día,
En la márgen del plácido arroyuelo
De amor se dieron venturosas citas.

Cada vez la doncella se mostraba
Mas inquieta, mas triste, mas solícita,
Y el pastor á su vez mas atrevido
En miradas de fuego la envolvía.

Una tarde que el jóven paseaba
Por un bosque de abetos y de encinas,
Oyó cerca de un beso el estallido
Y á su lado pasó una pastorcilla.

Penetrando curioso en la espesura
Halló en ella un pastor que sonreía,
Y cuyo rostro se mostró radiante
De amor inmenso, de inefable dicha.

— Muy contento te muestras, caro Ascanio.

— ¡Cómo! ¿escuchabas?... — Desde allí te oía,

Y he sentido que un ósculo estampabas
De tu Rosa en la cándida megilla.

¡Dichoso tú que la ventura tocas,

Y cuidado de mí, que en mi porfía

Nunca puedo alcanzar el bien que anhelo,

Pues siempre Celia se me muestra esquiva!

— ¡Esquiva Celia!... — ¡Dice que me adora!

Mas ¡ay! que el fuego en que me abraso mira,

Y ni aun su mano sonrosada puedo

Estrechar venturoso entre las mias.

Nunca un favor me concedió mi bella;

Nunca mis ansias escuchó propicia,

Mientras en tanto con tu amante Rosa

La copa apuras que el placer os brinda.

Dime por Dios, afortunado Ascanio

(Si algún afecto mi amistad te inspira)

De qué manera tu ambición lograste,

De qué manera lograré la mía.

Dime si sabes el secreto modo

De hacer que Celia, que mi duelo mira,

Se apiade al cabo al escuchar mis quejas,

Me otorgue al fin lo que mi amor la pida.

Esto dijo el mancebo apasionado,

Y el venturoso Ascanio que le oía

Sus hombros encogió, y entre sus labios

Asomó cierta irónica sonrisa.

— Me pides, dijo, que te explique el modo

De hacer que Celia tu afanosa cuita

Calme piadosa, y que feliz te haga

Con sus blandas dulcísimas caricias.

(Se concluirá.)

Ensanche de Madrid.

Dentro de breves días, dice la *Epoca*, publicará la *Gaceta* oficial un real decreto importantísimo para la capital de la monarquía. El ensanche de Madrid, feliz pensamiento iniciado por el real decreto de 8 de abril de 1837, decreto que hará siempre honor al celo inteligente que desplegó como ministro de Fomento el señor don Claudio Moyano, va á convertirse pronto en una realidad venturosa para este gran pueblo, llamado á ser dentro de breves años una de las mas bellas capitales de Europa.

Madrid es uno de los pueblos que, en proporción á su vecindario, tiene destinada menor superficie en su recinto interior á paseos, plazas y otros desahogos tan necesarios para el movimiento y el tráfico, como para ornato y salubridad; el aumento rápido de su población y la circunstancia de no existir mas que un solo centro donde se aglomeran los habitantes, daba lugar á que la construcción no se extendiera por sus extremos en sentido horizontal, sino que se mantuviese en un mismo punto, elevando sin cesar el número de pisos de los edificios, haciéndolos cada vez mas estrechos, incómodos é insalubres. Para remediar estos inconvenientes, y teniendo en cuenta las grandes mejoras que deben plantearse en la capital de la monarquía, para ponerla al nivel de las demás de Europa, y sobre todo, de las nuevas necesidades creadas por los adelantamientos del siglo, S. M. la reina ordenó por real decreto la formación de un proyecto de ensanche de esta capital que, encargado por real orden de 18 de mayo siguiente al inspector de distrito del cuerpo de caminos, canales y puertos, don Carlos María de Castro, ha sido completamente estudiado y aprobado por el gobierno de S. M.

Notable es por mas de un concepto la Memoria del señor Castro, que sirve de base á este gran proyecto. Los que la han visto nos aseguran que es un trabajo científico y concienzudo, que hace honor al talento del inspector del distrito de Madrid. Las dimensiones de este diario no nos permiten seguir al ingeniero en toda la serie de trabajos que con tan feliz éxito ha ejecutado, ni hablar del acertado plan de operaciones adoptado para los trabajos de campo, cuyo resultado ha sido levantar detenidamente, y por curvas de nivel, todo el plano de la zona del ensanche, en el corto espacio de cuatro meses.

El autor del proyecto, que verá pronto la luz, ha reconocido la necesidad de marcar límites á la población por las circunstancias especiales de su existencia, que varían esencialmente de las de otras poblaciones secundarias. Para fijar estos límites ha tenido en cuenta, según nuestras noticias, la disposición topográfica del terreno de los alrededores de Madrid, el aumento probable de la población en un período racional y otras consideraciones económicas, deduciendo de este estudio la siguiente línea de circuito.

El límite de la población definitivamente acordado comprende una extensión de 19,085 metros lineales, esto es, 5,938 mas que el perímetro actual de Madrid, recorriendo la línea de cerramiento por la parte del S. y O. una longitud del río Manzanares, que deberá encauzarse, de 6,900 metros, entre los vados de las Delicias y el inmediato al soto de Migas Calientes, y los 12,185 metros restantes por el N. y E., desde dicho último vado á buscar con una alineación la plazoleta en que se unen los dos caminos que parten de las puertas de Bilbao y Santa Bárbara, quedando por tanto dentro de la zona de ensanche por aquella parte un gran trozo de la real posesión de la Florida ó Moncloa, y el depósito de las aguas del Lozoya.

Sigue desde la citada plazoleta hasta el tejat llamado del Artillero, en el camino que desde la Fuente Castellana conduce á Hortaleza, atravesando antes el arroyo de Maudes y el atajo de Chamartin, en el cual se construirá una barrera, que una vez prolongada la carretera de Francia desde el portazgo, será la mas bella de las entradas de la corte. Desde el tejat del Artillero marchará la línea en diferentes alineaciones hasta la carretera de Aragón, á la cual corta algo mas allá de la confrontación de la casa y tejat de los señores Bertran de Lis, continuando por detrás de esta propiedad á buscar la punta N. O. del olivar del señor marqués de Perales, y después de atravesar la carretera de las Cañillas, corta á la línea del ferro-carril del Mediterráneo en el puente de la Abadía, y desde este puente continúa la línea del circuito hasta el puente de Santa Isabel, en el vado de las Delicias.

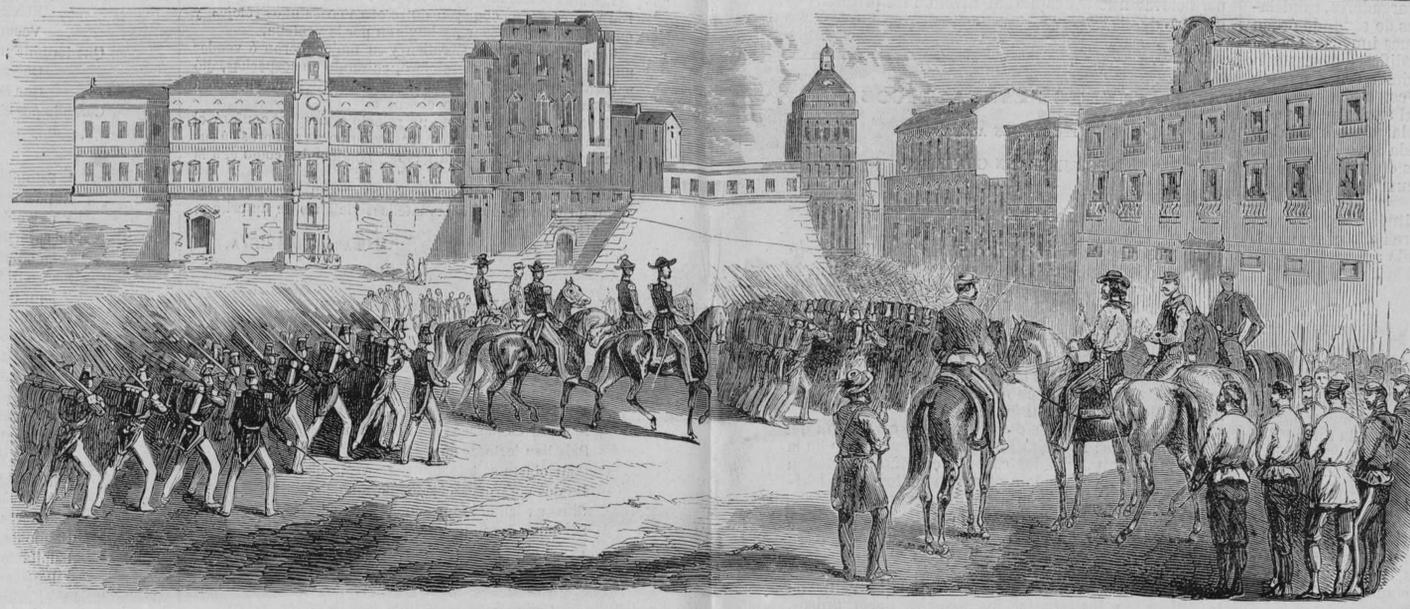
En este nuevo circuito se consideran abiertas 14 barreras, de las cuales serán de primer orden las de Castilla y Galicia, Francia en la carretera actual, Francia en la prolongación de la Fuente Castellana, Aragón, Valencia, Andalucía, Toledo, Extremadura.

Y de orden inferior las de San Bernardino, Hortaleza, Vicálvaro, Yserías, Canal, y San Isidro.

La superficie comprendida entre el antiguo y nuevo límite es próximamente de 1,494 hectáreas, de las que 458 pertenecen á la real Florida; de modo que descontando estas como perdidas, al menos por ahora, para el ensanche, y agregando la superficie actual de Madrid, que puede regularse en 800 hectáreas, resultará una superficie de 2,136 hectáreas, disponible para un vecindario de 450,000 almas, que damos por supuesto llegará á tener la capital dentro de un plazo de cien



PUERTA DE TERMINI EN PALERMO.



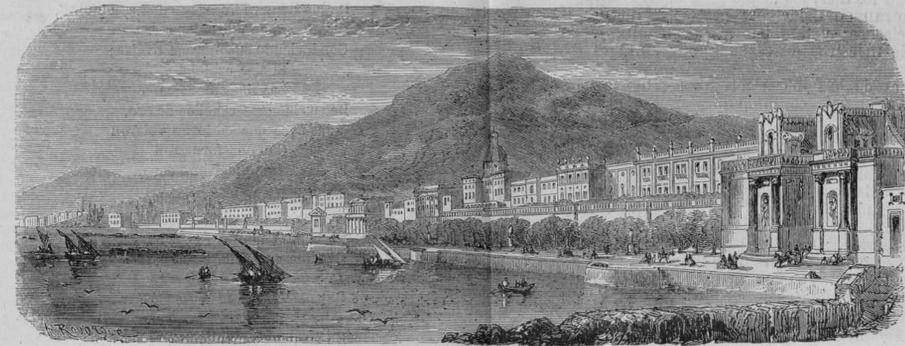
DESFILE DE LAS TROPAS NAPOLITANAS DESPUES DE LA CAPITULACION.



PALACIO DEL SENADO EN PALERMO.



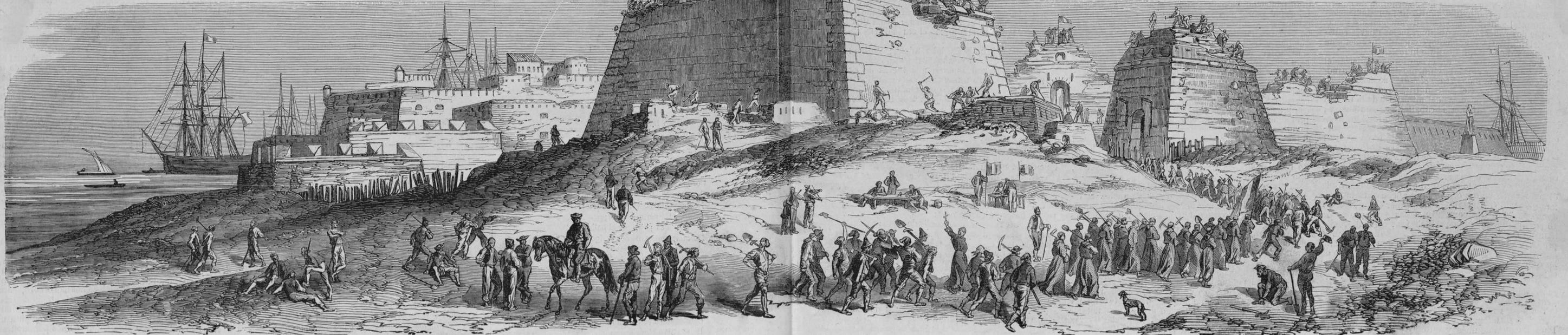
LLEGADA A PALERMO DE LA COLUMNA EXPEDICIONARIA MANDADA POR EL CORONEL MEDICI (21 de junio).



LA MARINA EN PALERMO.



SALIDA DE LA CARCEL DE OCHO NOBLES PUESTOS EN PRISION POR LOS NAPOLITANOS (19 de junio).



DEMOLICION DE LA CIUDELA DE PALERMO (CASTELLAMARE) POR ORDEN DEL GOBIERNO SICILIANO EL 21 DE JUNIO.

años, que es el que se ha elegido para el cálculo. Bajo tales supuestos aparece, que aun pasado aquel plazo y con un crecimiento de la población que representa una mitad más de las 300,000 almas que hoy tiene, existirán todavía, respecto de la superficie, las buenas condiciones que los higienistas consideran para las grandes poblaciones, prescribiendo como suficientes 40 metros cuadrados por habitante para conseguir aquellas condiciones.

Determinada la zona de ensanche y señalado su círculo, ocupémonos de los diversos grupos de edificación que el nuevo plan presenta.

En el primer grupo, comprendido entre los campos santos y el paseo alto de Chamberi, que conduce á la carretera de Irun, se formará con el tiempo un extenso barrio fabril é industrial. En el segundo grupo, que se extiende desde el camino alto de Chamberi hasta más allá del paseo de la Fuente Castellana, se dividirán aquellos vastos terrenos por anchas alamedas, aislando en el centro de pequeños parques, alguna iglesia y otros edificios de servicio público.

En el tercer grupo, que comprende hasta la carretera de Aragon, se proyectan manzanas separadas por anchas calles y plazas, en las cuales habrá jardines cerrados por verjas y de disfrute particular de los vecinos fronterizos, proporcionando así á la clase media de la sociedad madrileña alguna mayor holgura de la que en el día goza en las reducidas viviendas de la villa. El terreno comprendido entre la carretera de Aragon y el olivar del señor marqués de Perales, favorable aun á la edificación y perfectamente ventilado, es á propósito para establecer en él un gran barrio compuesto de edificios construidos expresamente para la clase menestral y obrera, entre los cuales habrá extensas casas de vecindad con otros edificios aislados.

La zona comprendida entre los campos-santos y las tapias de San Bernardino y la Moncloa, presenta ondulaciones que, con la proximidad de los cementerios, dificultarán allí por ahora, y en algunos años, el aumento de la población, por lo que se propone la construcción de un cuartel de infantería con su campo de instrucción, y la creación de un extenso parque de calles bien alineadas, que se irá ocupando parcialmente por las edificaciones que el interés particular pueda llevar á aquel extremo. Desde el barrio de obreros propuesto en el E. hasta la carretera de las Cabrillas, sería menos que imposible una edificación de formas regulares, y como además la real posesión del Retiro impedirá las comunicaciones directas de esta parte con el resto de la población, indica el señor Castro la conveniencia de plantar un gran bosque, en el que pueden tener cabida la plaza de toros y un hipódromo.

La zona que comprende en su centro la estación de los ferro-carriles de Zaragoza y Alicante, y que se extiende hasta la confrontación del portillo de Embajadores, estará destinada indudablemente á grandes almacenes y factorías, ó paradores y posadas, y en ella puede tener cabida una aduana digna de la corte. El resto del terreno enclavado en la zona de ensanche, ondulado, mal ventilado y sujeto á la influencia malsana de las brumas del Manzanares, se destina al cultivo de frutas y hortalizas, regadas con las aguas sobrantes del canal de Isabel II y las empleadas en la limpieza de las calles y alcantarillas.

Pero trasapemos las viejas tapias de Madrid para ocuparnos de otras reformas de grande importancia que en el próximo decreto parece que se proponen.

No se ha olvidado en él la cuestión de los cuarteles, y se proyecta la construcción de cuatro ó seis fortificados, dentro del círculo de la población, en posiciones elevadas y de fácil acceso para posesionarse en momentos dados de los puntos estratégicos del interior. Tampoco ha pasado desapercibida la interesante reforma de los hospitales, y se propone la construcción de cuatro edificios situados en puntos ventilados, y la demolición del hospital general, cuyo solar, dividido en otros cuatro por dos calles, podrá destinarse á los nuevos edificios del ministerio de Fomento, escuela de ingenieros de caminos y de minas, é instituto industrial.

En el sitio que hoy ocupa el cuartel de artillería del Prado, se propone el establecimiento de un edificio monumental para la Biblioteca y el Museo nacional.

Desalojado el cuartel de San Gil, se destinará este edificio á las dependencias del ministerio de la Guerra y direcciones de infantería, caballería y carabineros; y el palacio de Buena-Vista queda para la dirección de artillería; la dirección de ingenieros con el museo y parque de esta arma, en el sitio donde está hoy el Pósito; el palacio de la presidencia del consejo de ministros se levantará en el sitio que hoy ocupa la casa del Platero, y además se proyecta la apertura y arreglo de algunas calles y la reforma del paseo de Atocha.

Teniendo en cuenta el tráfico probable se han dividido las calles en dos órdenes con ancho distinto y diferente perfil transversal. Las de primer orden, con un ancho de 30 metros constarán, de una vía central de 16 para el movimiento de caballerías y carruajes, asignándole la forma bombada; de cada lado de esta vía se proyectan otras elevadas algo sobre aquellas, con un ancho de 3 metros cada una, destinada para el paso de los cargadores, aguadores y toda persona que transporte objetos que puedan causar molestia á los transeúntes, y por último, á continuación de estas segundas vías se señalan dos andenes ó aceras de 4 metros para la gente á pié.

Todas estas vías estarán separadas unas de otras por una cinta de adoquín, colocando además árboles en la línea divisoria de unas y otras, y en las que median

entre las aceras y las vías para cargadores, candelabros para el alumbrado. Las calles de segundo orden tendrán 20 metros en los barrios más importantes del ensanche, y 15 en el resto de la edificación. Las primeras se dividirán como las de primer orden en una vía central de 10 metros de ancho, con andenes laterales de 2,50 metros y aceras de igual ancho que los andenes. Las de 15 metros tendrán la vía central de 9 metros y aceras de 3 metros de cada lado de aquella, suprimiendo los andenes. Las filas de árboles, que en las calles de primer orden eran cuatro, se reducen á dos en las de segundo.

En cuanto á las pendientes longitudinales, ninguna llega al límite de 0,002 por metro prefijado como mínimo para las calles de Paris, habiendo procurado reducirlas disminuyéndolas cuanto ha sido posible atendidas las notables diferencias de nivel que ofrece el terreno comprendido en la zona de ensanche. El perfil de cada calle se divide en varias rasantes, quedando en los cruces de las transversales mesillas horizontales para la más cómoda y segura marcha de los carruajes en sus cambios de dirección.

En la designación de la dirección de las calles, se ha tenido también presente la buena orientación de los edificios, condición muy importante para la salubridad en el interior de las viviendas. Las direcciones seguidas por los ejes de las calles, son las N. S. y E. O.

En varios de los cruzamientos de las calles más anchas se proponen plazas espaciosas en que puedan colocarse fuentes monumentales ú otras construcciones análogas, dejando algunas convertidas en jardines ó pequeños parques. Otros de estos, comprendidos por grupos de 6 ú 8 manzanas de casas, estarán vedados al público y serán solo del disfrute común de los habitantes en aquellas. Por último, la creación de algunos bosquillos en los terrenos que se prestan mal á una regular edificación contribuirá poderosamente á modificar el inconstante clima de Madrid y proporcionará otros tantos paseos á la población, procurando asimismo localidades para la construcción de merenderos, cafés, juegos de sortija, montañas rusas y otras diversiones análogas que apenas son conocidas de la mayoría del público madrileño.

El camino de ronda ó vía de circuito, al que irán á desembocar todas ó casi todas las calles nuevamente proyectadas, tendrá un ancho total de 50 metros divididos en un camino central de 16 metros de ancho con firme de piedra partida, destinado para el tránsito de carruajes de carga y arriería; otros dos laterales á este y separados de él por cunetas y filas de árboles, de 8 metros de ancho cada uno, para el servicio exclusivo de los carruajes particulares y caballos de silla; dos andenes de 3 metros, algo elevados sobre el piso general, que separados por una fila de árboles de las vías contiguas, servirán para el tránsito de la gente con carga; por último, separadas también por árboles, se proyectan una acera de 4 metros de ancho por el lado de la población y un andén ó paseo de 3 metros por la parte del cerramiento.

Decidida la distribución en solares, se propone la distribución para los edificios particulares, fijando las condiciones facultativas de salubridad y de policía urbana que deben regir en las construcciones, y también la distribución del barrio y edificios destinados para viviendas de funcionarios públicos de pequeños sueldos, artesanos, obreros, proletarios y clase poco acomodada de la sociedad.

Las ideas expuestas acerca de los barrios de obreros, aunque muy debatidas ya en el extranjero y adoptadas en varios puntos en más ó en menos, pero con afortunado éxito, no se han presentado en la Memoria con otro objeto que con el de completar el estudio, por decirlo así, de cuanto puede constituir el conjunto de una gran población, de manera que aun cuando se designe tal ó cual punto para la erección de aquellos barrios y esto no sea aprobado en definitiva, sin embargo, en nada variarán las líneas del plano ni las ideas generales que han presidido á su formación.

El anteproyecto presentado se considera suficiente para aprobar como definitivo el perímetro por él marcado y las líneas principales de distribución de la nueva zona ocupada, sin que esto excluya el sucesivo estudio de todos los detalles que son indispensables para constituir un proyecto completo. Así creemos que lo ha comprendido el gobierno, y en su consecuencia, es lo probable ordene que sin dejar de hacer sobre el terreno el trazado de aquellas líneas ya definitivas, se continúe en el estudio de la distribución de las manzanas, situación de los edificios públicos que hayan de erigirse en la zona de ensanche, rasantes de las calles y cálculo de movimientos de tierra, plantaciones, alumbrado, aguas, alcantarillado, etc., etc.

El plano presentado está construido en la escala de 1/2,500 y mide 3 metros de alto y 3 de ancho. El reducido para acompañar á la Memoria que ha de publicarse ocupa en extensión 1/25 de aquel, ó lo que es igual, su escala es de 1/12,500.

Consignamos al comenzar la imposibilidad de dar en un artículo de periódico una idea completa de este grandioso proyecto; pero basta á nuestro juicio lo que hemos apuntado ligeramente para que el pueblo de Madrid tenga mucho que agradecer al señor Moyano, que inició el pensamiento del ensanche, al señor marqués de Corvera, que lo va á realizar, y al ilustrado ingeniero señor Castro, que encargado de este difícil y complicado estudio, lo ha llevado á cabo con notable acierto é inteligencia, dejando satisfechas todas las condiciones de comodidad, salubridad y embellecimiento

para elevar nuestra capital al nivel de las primeras de Europa.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ERCKANN CHATRIAN.

LAS TRES ALMAS.

En 1805 cursaba yo mi sexto año de filosofía trascendental en Heidelberg. La existencia universitaria es una existencia de gran señor: se levanta uno al medio día, fuma en su vieja pipa de Ulru, luego se abotona la polaca hasta la barba, se planta de lado la gorilla lisa á la prusiana, y se va tranquilamente á escuchar durante media hora al ilustre profesor Hazenkopf, discutiendo sobre las ideas *à priori* ó *à posteriori*.

Cada cual tiene derecho para bostezar ó para dormirse si le parece oportuno.

Terminado el curso se dirige uno á la cervecería del *Rey Gambrinus*; se estiran las piernas por debajo de la mesa; las bonitas criadas con sus corpiños de tafetan negro corren de un lado á otro con platos de salchichas, tajadas de jamon y jarros de cerveza.

Se canta el aire de los *Bandidos* de Schiller; se bebe y se come...

Uno silba á su perro Hector, otro coge del talle á Carlota ó á Gredelé...

En estos casos suele empeñarse la batalla... llueven los golpes... y los jarros y los vasos se hacen añicos. Entonces llega el wachtmann, se apodera de los revoltosos y los lleva á pasar la noche á buen recaudo.

Así se pasan los días, los meses y los años.

Se encuentran en Heidelberg príncipes, duques y barones en ciernes; y también se encuentran hijos de zapateros, de maestros de escuela y de honrados comerciantes.

Los jóvenes de la nobleza forman corrillo aparte, pero todos los demás se confunden fraternalmente.

Yo tenía entonces treinta y cinco años; mi barba comenzaba á encanecer, y la cerveza y la pipa perdían mucha parte de la estimación que antes las profesaba. Necesitaba cambiar de vida.

En cuanto á Hazenkopf, á fuerza de oírle discurrir sobre las claridades discursivas y las claridades instintivas, le debía yo un gran fondo de ideas; me parecía descubrir el fondo de la ciencia: *ex nihilo nihil*...

A menudo exclamaba alzando los brazos: — ¡Kasper Zaan!... no es bueno saber demasiado; la naturaleza ya no tiene ilusiones para tí... puedes decir con voz lamentable como el profeta Jeremías: ¡*Vanitas vanitatum et omnia vanitas!*

Tales eran mis disposiciones melancólicas cuando á fines de la primavera del año 1805, un suceso terrible vino á demostrarme que no lo sabía todo, y que no siempre la carrera filosófica está sembrada de flores.

Entre mis antiguos compañeros se contaba un tal Wolfgang Scharf, el hombre más inflexible en punto á lógica que he visto en mi vida.

Figuraos un hombre seco, con los ojos hundidos, las cejas blancas, el cabello rapado, las mejillas adornadas con una barba inculta, y los hombros anchos y cubiertos de harapos magníficos.

Al verle cómo se deslizaba á lo largo de las paredes con una rebanada de pan debajo del brazo, el ojo chispeante y el espinazo encorvado, parecía un gato viejo en busca de su amada; pero Wolfgang no pensaba sino en la metafísica; hacia cinco ó seis años que vivía á pan y agua en una guardilla de la Carnicería Vieja; jamás una botella de cerveza espumosa ó de vino del Rhin había calmado su amor á la ciencia; jamás una tajada de jamon había interrumpido el curso de sus sublimes meditaciones.

Por eso el pobre diablo daba miedo; y digo miedo, porque á pesar de su estado de marasmo aparente había en su armazon huesosa una fuerza de cohesión extraordinaria; los músculos de sus mandíbulas y de sus manos se destacaban como ataduras de hierro, y además su terva mirada alejaba toda idea de commiseración.

Este ser extraño, en medio de su voluntario aislamiento, parecía haber conservado solo hacia mí un resto de simpatía; venía á verme de cuando en cuando, y gravemente sentado en mi sillón, agitados los dedos por crispaciones convulsivas, me daba parte de sus elucubraciones metafísicas.

— Kasper, me decía en tono concluyente y procediendo por interrogatorio á la manera de Sócrates, ¿qué es el alma?

Y yo orgulloso porque podía desplegar mi erudición, respondía con aire doctoral:

— Según Tales es una especie de iman; según Platon una sustancia que se mueve por sí misma; según Anaximandro dice que es un compuesto de tierra y de agua; Empedocle, la sangre; Hipócrates un espíritu esparcido por el cuerpo; Zenon, la quinta esencia de los cuatro elementos...

— ¡Bien! ¡Bien! Pero tú, ¿qué piensas tú de la sustancia del alma?

— Yo, digo con Lactancio que no sé nada. Soy epicureo por naturaleza; ahora bien, según los epicureos, todo juicio viene de los sentidos, y como el alma no

cae bajo mis sentidos, no puedo juzgar acerca de ella.

— Sin embargo, Kasper, has de observar que una porción de animales como los insectos y como los peces viven desprovistos de uno ó varios sentidos. ¿Quién sabe si nosotros los poseemos todos? ¿Quién sabe si no hay algunos de los cuales no tenemos la menor idea?

— Puede ser; pero en la duda me abstengo de todo juicio.

— ¿Crees que se puede saber algo sin haberlo aprendido?

— No toda ciencia procede de la experiencia ó del estudio.

— Pero entonces ¿cómo es que los pequeñuelos de la gallina al salir del huevo echan á correr y buscan ellos su alimento? ¿cómo es que descubren al gavilán en medio de las nubes y se esconden bajo las alas de su madre? ¿Han aprendido á conocer á su enemigo en el huevo.

— Es un efecto del instinto, Wolfgang, y todos los animales obedecen al instinto.

— Entonces el instinto consiste en saber lo que no se ha aprendido nunca.

— Amigo mío, me preguntas demasiado; ¿qué puedes responderte yo?

Wolfgang se sonreía con aire desdeñoso, se echaba sobre el hombro el embozo de su capa agujereada, y salía sin añadir una palabra más.

Yo le tenía por loco, pero un loco inocente: ¿quién habría podido sospechar que la pasión de la metafísica pudiera ser peligrosa?

Las cosas se hallaban en este estado cuando de repente desapareció la vieja vendedora de *kuchlen* Catalina Vogel.

Esta buena mujer, con su tablilla colgada de una cinta rosa de su cuello de cigüeña, se presentaba por lo común á eso de las once en la cervecería del *Rey Gambrinus*; los estudiantes bromeaban con ella, la recordaban algunas locuras juveniles de que ella no hacía misterio, y todos se reían estrepitosamente.

— No siempre se han tenido cincuenta años, decía ella; se han pasado buenos cuartos de hora... ¿creeis que me arrepiento?... ¡Ah! ¡ojalá se pudiera empezar de nuevo!

Y exhalaba un suspiro y las risas aumentaban.

Su desaparición se notó al cabo de tres días.

— ¿Dónde diablos está Catalina? ¿Habrá caído enferma? Es extraño; tan contenta como estaba la última vez.

Se supo que la policía la buscaba.

Yo por mi parte temía que la pobre anciana, demasiado conmovida por el *kirsch-wasser*, no hubiese tropezado por la noche y caído al río.

Ahora bien, á la otra mañana, al salir del curso de *Hazenkopf*, encontré á Wolfgang, cerca de los mataderos del *Munster*.

Apenas me distinguí, corrió á mí con los ojos encendidos y me dijo:

— Te estoy buscando, Kasper... la hora del triunfo ha llegado ya... Sígueme.

Su mirada, su ademán y su palidez demostraban una agitación suma; y como me cogiera del brazo y me arrastrara hácia la plazoleta de los *Curtidores*, no pude menos de experimentar un sentimiento de temor indefinible, sin tener valor para resistir.

La callejuela que seguíamos á paso largo entraba por detrás del *Munster* en una manzana de casas tan viejas como *Heidelberg*. Los tejados en punta, las galerías de madera, las escaleras exteriores con barandas carcomidas... las mil figuras haraposas, escuálidas, con la boca abierta que se asoman á las ventanas, y miran con avidez á los desconocidos que penetran en su cloaca; las largas varas que pasan de un tejado á otro, cargadas de pieles sangrientas, y luego el humo que sale por los tubos que serpentean sobre las techumbres, todo esto se agitaba, se sucedía ante mis ojos como una resurrección de la edad media, y aunque el cielo estuviera hermoso, sus ángulos de azul en los que se destacaban los tejados, y sus rayos luminosos alargados de trecho en trecho sobre las decrepitas paredes, aumentaban mi emoción por la extrañeza de los contrastes.

Hay momentos en que el hombre pierde toda su presencia de ánimo. Yo ni siquiera tenía la idea de preguntar á Wolfgang adónde íbamos.

Después del barrio populoso en que se agita la miseria inmunda, llegamos á la plazoleta solitaria de la *Carnicería Vieja*. De repente Wolfgang, cuya mano seca y fría parecía soldada á mi muñeca, me introdujo en una casa con ventanas desvencijadas entre el antiguo cobertizo del pajar de la *Landwehr*, hacia tiempo abandonado, y la casilla del matadero.

— Marcha adelante, me dijo.

Seguí una pared de tierra seca á cuya extremidad hay una escalera de caracol con los escalones carcomidos.

Subimos por entre los escombros, y aunque mi compañero no cesaba de repetirme: «Mas arriba, mas arriba,» yo me detenía á veces sobrecogido de espanto, bajo pretexto de respirar un poco, pero en realidad para deliberar si estaba todavía á tiempo de escaparme.

Por fin llegamos al pié de una escala cuyos escalones se perdían por un agujero en las tinieblas.

Aun estoy preguntándome cómo tuve la imprudencia de subir por esa escala sin exigir la menor explicación á mi amigo Wolfgang.

Parece que la locura es contagiosa.

Héme pues subiendo... y él detrás de mí. Por fin llego á lo alto... miro... era un granero inmenso... en el techo había tres claraboyas... el muro pardo de la

torre subía á la izquierda... una mesita cargada de libros en el centro... las vigas cruzadas sobre nuestras cabezas.

Imposible mirar afuera; las claraboyas estaban á diez ó doce piés del suelo.

En el primer instante no distinguí una puertecilla baja y una ancha lumbrera practicada en la pared de la torre.

Wolfgang sin decir una palabra empujó una caja que le servía de sillón, y tomando con sus dos manos un cántaro de agua en la sombra, bebió largamente en tanto que yo le miraba muy pensativo.

— Estamos en las guardillas del antiguo matadero, me dijo con una sonrisa extraña al dejar el cántaro; la villa ha votado fondos para construir otro en los arrabales, y yo vivo aquí hace cinco años sin pagar alquiler de casa... ni un alma ha venido á turbarme en mis estudios.

Y sentándose sobre algunos leños amontonados en un rincón, prosiguió diciendo:

— Vamos al hecho cuanto antes; ¿estás bien seguro de que tenemos un alma?

— Déjame, Wolfgang, le respondí con bastante mal humor; si me has traído aquí para hablar de metafísica, has hecho mal... Justamente salía del curso de *Hazenkopf*, y marchaba hácia la cervecería del *Rey Gambrinus* para aimorzar, cuando me has interceptado el paso... Ya he tomado mi dosis de abstracción de todos los días... y esto me basta. Así pues, explícate claramente, ó déjame que me vuelva al camino de la cervecería.

— ¿Con que no vives más que para comer? exclamó con ronco acento. ¿Sabes que he pasado yo muchos días sin probar un bocado por amor á la ciencia?

— Cada cual tiene sus gustos; tú vives de silogismos y argumentos endiablados... á mí me gustan las salchichas y la cerveza fresca... ¿Qué quieres? cada cual tiene sus gustos.

Wolfgang se había puesto pálido; sus labios temblaban; pero dominando su cólera repuso:

— Kasper, ya que no quieres responderme, oye al menos mis explicaciones. El hombre necesita admiradores... y yo quiero que me admires... Quiero que te quedes atónito con el sublime descubrimiento que acabo de hacer... Pienso que pedirte una hora de atención por diez años de estudios concienzudos no es pedirte mucho.

— Vamos, en hora buena, te escucho... pero despáchate.

Un nuevo estremecimiento agitó su cara y me inspiró terribles reflexiones; me arrepentí de haber subido á semejante sitio, y tomé un aire grave para no irritar mas al loco.

Mi fisonomía meditativa pareció calmarle algun tanto; pues al cabo de algunos instantes de silencio, añadió:

— Tienes hambre... pues bien, ahí está mi pan... y ahí está mi cántaro... Come y bebe, pero escucha.

— Es inútil, Wolfgang; te escucharé bien sin eso.

Se sonrió con amargura y dijo:

— Sí, tenemos un alma, cosa admitida desde el origen de los tiempos históricos... Desde la planta hasta el hombre, todos los seres viven y están animados... de modo que tienen un alma... ¿Es necesario estudiar seis años con *Hazenkopf* para darme esta respuesta: «Sí, todos los seres organizados tienen al menos un alma...»? Cuanto mas se perfecciona su organización, mas se complica... y mas se multiplican las almas... Esto es lo que distingue á los seres animados entre sí... la planta no tiene mas que un alma, el alma vegetal... su función es sencilla, única... tiene por objeto la nutrición por el aire mediante las hojas, y por la tierra mediante las raíces. El animal tiene dos almas... primero, el alma vegetal, cuyas funciones son las mismas que en la planta, la nutrición por los pulmones y los intestinos que son verdaderos vegetales... y el alma animal propiamente dicha, que tiene por objeto la sensibilidad y cuyo órgano es el corazón. En fin, el hombre, que resume hasta aquí la creación terrestre, tiene tres almas: el alma vegetal, el alma animal, cuyas funciones se ejercen como en la bestia, y el alma humana, que tiene por objeto la razón, la inteligencia... Su órgano es el cerebro. Cuanto mas se acerca el animal al hombre por la perfección de su organización cerebral, mas participa de esta tercera alma... Tales son el perro, el caballo, el elefante... pero solo el hombre de genio la posee en toda su plenitud.

Aquí Wolfgang se detuvo algunos instantes, y clavando en mí sus ojos añadió:

— ¿Qué respondes á esto?

— Es una teoría como hay tantas: falta la prueba.

Una especie de frenética exaltación se apoderó de Wolfgang; se levantó de un brinco con las manos en el aire y la frente erguida, y exclamó:

— Sí, sí; la prueba faltaba, y eso me despedazaba el alma hace diez años... Eso ha sido causa de tantas vigiliias... tantos sufrimientos morales... tantas privaciones... He querido hacer el experimento sobre mí... el ayuno introducía mas y mas en mi espíritu esa convicción sublime, sin que me fuera posible establecer la prueba... pero al fin la he hallado... la tengo... vas á ver cómo las tres almas se manifiestan y se proclaman, sí... ¡vas á verlas!...

Después de esta explosión de entusiasmo que me hizo estremecer, tanta energía y fanatismo demostraba, de repente se quedó frío, se sentó apoyando los codos en la mesa, y repuso indicando la alta pared de la torre:

— La prueba está ahí detrás de esa pared... la verás dentro de un momento... pero ante todo es preciso que cuides de seguir la marcha progresiva de mis ideas. Ya conoces la opinión de los antiguos sobre la naturaleza de las almas... cuatro admitían reunidas en el hombre: *caro*, la carne, una mezcla de tierra y de agua que la muerte disuelve; *manes*, el fantasma que se pasea al rededor de las tumbas... su nombre viene de *manere*... quedarse, permanecer; *umbra*, la sombra, mas inmaterial que los *manes*... Esta desaparece después de haber visitado á sus parientes... por último, *spiritus*, el espíritu, la sustancia inmaterial que sube hácia los dioses. Esta clasificación me parecía justa; tratábase de descomponer el ser humano para establecer la existencia distinta de las tres almas, hecha abstracción de la carne. La razón me decía que cada hombre antes de alcanzar su último desarrollo, había debido pasar por el estado de planta ó de animal; en otros términos, que *Pitágoras* había entrevisto la realidad sin poder suministrar la demostración. Pues bien, yo quise resolver este problema... Debía apagar en mí sucesivamente las tres almas, y luego reanimarlas... Para esto recurrí al ayuno rigoroso... por desgracia el alma humana, para dejar obrar libremente al alma animal, tenía que sucumbir la primera... El hambre me hacía perder la facultad de observarme en el estado animal, y aniquilándome me privaba de poderme observar. Al cabo de una porción de pruebas infructuosas sobre mi propio organismo, me convencí de que solo había un medio de alcanzar el fin que me proponía, y era el de experimentar sobre otra persona... ¿Pero quién querría prestarse á este género de observación?

Wolfgang hizo una pausa, y luego con un tono brusco continuó:

— Necesitaba una persona... y resolví experimentar *in anima vili*.

En aquel momento comencé á temblar; aquel hombre era capaz de todo.

— ¿Has comprendido? exclamó.

— Perfectamente... necesitabas una víctima...

— Para descomponerla, añadió triamente.

— ¿Y la has hallado?

— Sí; vas á oír las tres almas... quizá será difícil ahora; pero ayer las habrías oído alternativamente aullar, rugir, suplicar y rechinar los dientes.

Un estremecimiento glacial circuló por mi rostro: Wolfgang impasible encendió una pequeña lámpara que le servía ordinariamente para trabajar, y acercándose á la lumbrera á la izquierda, añadió adelantando su brazo en las tinieblas:

— Mira; acércate y mira... ¡y luego escucha!

A pesar de los mas funestos presentimientos, á pesar del temblor interior que me agitaba, arrastrado por la atracción del misterio, me incliné sobre la lumbrera sombría.

Entonces á la pálida claridad de la lámpara distinguí á unos quince piés del suelo un camaranchon oscuro, sin otra salida que la del granero. Era uno de esos rincones donde los carniceros amontonan los despojos del matadero, que luego entregan á los *curtidores*. Estaba vacío, y durante algunos segundos nada vi en aquellas tinieblas.

— Mira con atención, me dijo Wolfgang en voz baja; ¿no ves allí un montón de harapos?... Es la vieja Catalina Vogel, la vendedora de pastelillos que...

No tuvo tiempo de acabar, pues un grito penetrante, salvaje, parecido al maullido lúgubre de un gato á quien aplastan la pata, vino á oírse en el hoyo. Un ser fuera de sí saltó, como si quisiera trepar por la pared hincando las uñas; y yo mas muerto que vivo, con la frente cubierta de un sudor helado me arrojé hácia atrás exclamando:

— ¡Eso es horrible!

(Se concluirá)

La fuente de los Inocentes en París.

Una de las ideas mas felices, una de las mejoras mas provechosas, es seguramente la transformación del mercado de los Inocentes en una plaza, tan preciosa bajo el punto de vista de la salubridad, como agradable para paseo público.

A esta transformación tan interesante del antiguo mercado de los Inocentes, se ha unido la conservación ó mejor dicho la reedificación de una hermosa fuente, cuyos preciosos ornatos preservados de la injuria del tiempo son hoy tan apreciables para la historia del arte parisiense en el siglo XVI.

Esta reedificación de la fuente de los Inocentes hace el mayor honor á la administración municipal que la ha ordenado; á M. Davioud, arquitecto, que ha dirigido las obras; á M. Delafontaine que ha hecho las esculturas que faltaban, y á M. Leon Daliemagne que ha cuidado con el mayor celo de la aplicación de la silicatización, que durante muchos siglos asegura la conservación de la ponderada obra de Juan Goujon.

Catania.

Catania es una ciudad hermosa y grande con un buen puerto y calles tiradas á cordel muy anchas y muy limpias; de todos los puntos de la ciudad se disfruta de la vista del mar ó del Etna. Si los torrentes de lava del famoso volcan no hubieran destruido y sepultado repetidas veces sus monumentos, y si no se hubie-



LA FUENTE DE LOS INOCENTES RESTAURADA.

sen elevado en su lugar y en tan crecido número nuevos edificios, Catania sería también bajo este punto de vista una de las ciudades más notables de la Sicilia.

Aun se ven los restos del anfiteatro, que es el más vasto que se ha conocido, puesto que su circunferencia aventaja casi en un tercio la del famoso Coliseo de Roma. También se deben citar los restos de un teatro, un *odeum* ó teatro cómico, y de grandes baños calientes y fríos. La catedral, las casas consistoriales (palazzo del Senado) y el magnífico y vasto convento de los Benedicti-

nos son sus edificios modernos más dignos de atención.

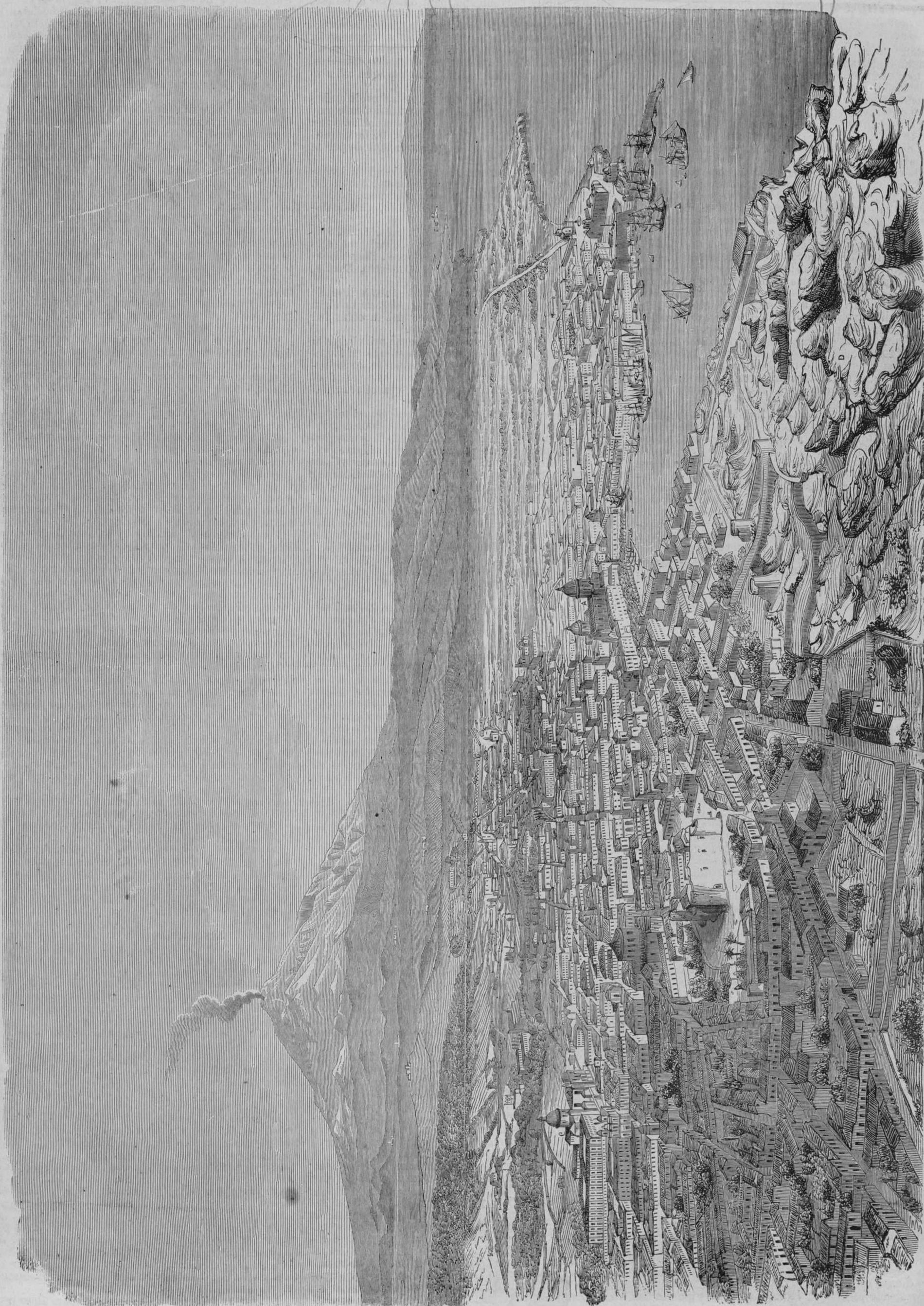
Entre sus establecimientos literarios deben mencionarse la Universidad, el Liceo, la Biblioteca pública y el Museo. Catania debe este último, así como varias estatuas y la mayor parte de los hermosos restos que la adornan, al príncipe de Biscari. Este rico señor gastó su fortuna en hacer excavaciones, y gracias á su inteligente perseverancia, se pudo disfrutar de la vista del teatro, los baños, y otros monumentos ocultos bajo muchas capas de lava.

El gabinete de medallas y el museo particulares del príncipe Biscari y el gabinete de historia natural del señor Giveni merecen ser mencionados, así como la academia Giojena que se ocupa de todo lo que concierne á los tres reinos de la naturaleza. †

En cuanto á la industria, diremos que las telas de seda de Catania rivalizan con las de las mejores fábricas del reino. — En esta ciudad que cuenta más de 50 mil habitantes, hay un arzobispado y un tribunal de comercio.



EL PUERTO Y EL OBISPADO DE CATANIA.



VISTA DE LA CIUDAD DE CATANIA.

Eclipse de sol del 18 de julio.

(Artículo primero.)

Entre todos los fenómenos celestes, no conocemos ninguno que tenga el privilegio de llamar la atención de toda clase de personas como un eclipse de sol; singularidad que se explica y se comprende así por el imponente espectáculo que ofrece, como por referirse al astro que vivifica la tierra con el calor que nos envía. Por esto el anuncio de un gran eclipse se lee con asombro mezclado de placer; unos casi dudan de la exactitud de la profecía; otros aguardan con impaciencia el momento de su realización, y cuando con pasmosa facilidad comienza el fenómeno á verificarse, casas, calles y campo se convierten en un dilatado observatorio, desde donde se contemplan y siguen las variadas y curiosas fases por que va pasando. En los tiempos antiguos, un eclipse era una causa de terror y espanto para los pueblos, que le miraban como un preludio seguro de cataclismos y desgracias; en los modernos, gracias á los adelantos de las ciencias, estos fenómenos, á mas del interés que despiertan, sirven de observación para perfeccionar cada día mas los conocimientos astronómicos.

El eclipse total del 18 del corriente mes será de los mas notables, porque su duración se aproxima mucho á la máxima que pueden tener esta clase de fenómenos. En efecto, la luna está muy cerca del perigeo á donde llega el 20 de julio, por lo cual su diámetro, visto desde la tierra, aparece muy cerca de su valor máximo; por el contrario, el sol aparece mínimo, porque este astro se halla muy cerca del punto mas distante de la tierra, ó en su apogeo, por donde pasó el 1° de julio.

Pero el real observatorio de Madrid acaba de publicar una interesante instrucción sobre el eclipse de sol en cuestión, que allana notablemente nuestro trabajo. Esta instrucción tiene por objeto facilitar esta clase de observaciones y uniformarlas ó metodizarlas en lo que cabe, atendidos los elementos tan numerosos como heterogéneos que en ellas han de tomar parte. En ella se encuentran expuestas con la precisión, sencillez y claridad que forman el carácter distintivo de todas las publicaciones emanadas de tan reputado establecimiento, las nociones mas indispensables sobre los eclipses en general, y las circunstancias y accidentes que deben estudiarse de antemano y tener muy presentes en el momento de la observación los que aspiren á sacar algun partido de sus trabajos.

En la imposibilidad de dar, siquiera en extracto, la mayor parte de las noticias y datos curiosísimos en que abunda, procuraremos entresacar los que creamos mas interesantes.

El día 18 de julio de 1860, á las 12 horas y 42 minutos de la mañana, tiempo medio civil de Madrid, la sombra producida por la luna tocará á la tierra en un lugar situado en el Océano Pacífico, no lejos de la costa correspondiente á la Alta California, cuya latitud N. es de 43° 54' y la longitud de 122° 7' al Occidente del meridiano de este observatorio. Desde su punto de partida la sombra se dirigirá por la region boreal de América, la bahía ó mar de Hudson, el Labrador y el Atlántico hácia nuestra península, que atravesará desde la costa cantábrica, al O. de Santander, á la Mediterránea, cerca de Oropesa, distante unas 96 leguas, en poco mas de 10 minutos, ó sea entre las 2 horas 45 y 2 horas 55, tiempo medio de Madrid, lo que arroja una velocidad de propagación por segundo de unos 900 metros.

Cruzando el Mediterráneo por las Baleares, se introducirá en Africa por Argel, y continuará extendiéndose hasta las orillas del mar Rojo, donde al fin se desprenderá de la tierra á las 3 horas 39 minutos de la tarde, en un punto de 15° 50' de latitud N. y 43° de longitud oriental. Dedúcese de aquí que en un intervalo de 2 horas 57 minutos la sombra de la luna barrerá, permítasenos la expresión, una zona cuya extensión en longitud no baja de 2,000 leguas y de 34 en anchura.

Ya comprenderán nuestros lectores que los países y lugares citados en el párrafo trascrito son los que corresponden á la zona de la totalidad, que es donde el fenómeno presentará mayor interés; mas no por eso dejará de tenerla en otros puntos de España y de otros países.

España es, sin embargo, el único país de Europa desde donde puede observarse mejor tan curioso fenómeno, y si á esto se agrega, que en todo lo que resta de siglo no volverá á presentarse un eclipse total de sol en circunstancias tan favorables, no se extrañará que este próximo acontecimiento tenga en expectativa al mundo científico y en movimiento á treinta ó cuarenta astrónomos de los mas célebres de Europa.

En Madrid, aunque parcial el eclipse, será sin embargo bastante notable, pues de los 12 dígitos en que el sol se considera dividido, mas de 11 quedarán cubiertos por la luna, ó si se quiere con mas exactitud, los 0,970 del diámetro de aquel astro. El fenómeno empezará á la una hora 36 minutos 18 segundos, estará en su medio á las 2 horas 5 minutos 7 segundos, y terminará á las 4 horas 0 minutos 24 segundos. Con respecto á los demás puntos de la península, solo diremos que la parte eclipsada del sol irá siendo mayor ó menor, á medida que sea menor ó mayor la distancia que los separa de la línea de centralidad que señalaremos mas adelante. Por lo demás, el eclipse será visible en casi toda Europa, en una gran parte de Africa y Asia, y en toda la América del Norte.

No siendo posible por falta de espacio enumerar to-

dos los puntos convenientes para observar el eclipse, nos contentaremos con citar los mas notables que se encuentran en los límites de la zona, donde las observaciones que se hagan serán de una gran importancia, teniendo cuidado de precisar si hubo ó no eclipse total, entre qué punto pasó la sombra, ó línea de totalidad, y la duración de la oscuridad completa, que allí será casi momentánea.

Las estaciones, ó pueblos mas importantes de ambos límites, son los siguientes, que tomamos del excelente trabajo hecho por el señor don Francisco Coello, autor del estimadísimo *Atlas de España*, con el fin de presentar la zona de nuestro país que será recorrida por la sombra lunar el día del eclipse.

Límite Norte. — Bermeo, Marquina, Vergara, Azpeitia, Alsasua, Pamplona, Puente la Reina, Sangüesa, Sos, Egea de los Caballeros, Ayerbe, Sariñena, Bujaraloz, Mequinzenza, Gandesa, Mora de Ebro, Coll de Balaguer, Tortosa, Palma.

Límite Sur. — Luarda, Trubia, Pajares, Leon, Saldaña, Carrion de los Condes, Astudillo, Palencia, Torquemada, Baltanás, Roa, Aranda de Duero, Hiedelaencina, Sigüenza, Jadraque, Trillo, Cifuentes, Chelva, Chiva, Sueca, Denia.

Los astrónomos han elegido naturalmente la línea de centralidad para hacer sus observaciones, en razón á que en los puntos en ella comprendidos la oscuridad completa durará mas de tres minutos.

Considerando dividida en tres regiones principales la zona de la totalidad del eclipse comprendido en la península, hé aquí cómo se distribuirán en el largo trayecto que abraza las numerosas comisiones de astrónomos y sabios nacionales y extranjeros que estarán allí reunidos el 18 del actual.

Al N. de la península, y probablemente en el mismo Reinosa, comprendido en la region occidental de la zona de la totalidad, irá á situarse la gran expedición inglesa, dirigida por el señor Airy, director del observatorio de Greenwich, de la que forman parte Carrington, comisionado por la sociedad real astronómica de Londres, un gran número de astrónomos de los observatorios de Kew, Oxford, Durham, etc., y muchísimos de los lores y ricos aficionados á la astronomía que abundan en aquel país, á pesar de sus nieblas casi continuas. El señor Carrington se quedará en Santander, para evitar las dificultades de transporte de una ecuatorial de dimensiones colosales que ha desmontado del observatorio de Kew, y que ha traído consigo con objeto de sacar fotografías del eclipse.

El almirantazgo inglés, animado sin duda de un entusiasmo por la ciencia que le honra, ha fletado dos vapores para el servicio exclusivo de dicha expedición, en los que vendrán también las tres comisiones que manda Rusia con el mismo objeto. Dos de ellas, dirigida la una por el señor Struve, director del famoso observatorio de Pulkowa, al que acompaña el señor Winnecke, astrónomo del mismo, y la otra cuyo jefe es el señor Sawitseh, profesor de San Petersburgo, se situarán en los mismos puntos que la inglesa, con la cual se han puesto de acuerdo. La tercera de las comisiones rusas, compuesta del señor Madler, director del observatorio de Dorpat, y del baron de Rennekamff, se adelantará hácia el centro, situándose probablemente entre Miranda y Bribeasca, en un punto próximo á los montes Obarenes, por los cuales pasa la línea de centralidad del eclipse.

En la region central han elegido el Moncayo, que tiene una altura de 2,346 metros, y establecido allí su estación la comisión francesa, á cuyo frente está el señor Vilarceau con otros astrónomos notabilísimos, y una de las que ha mandado al observatorio de Madrid, dirigida por el distinguido astrónomo señor Novella, acompañado del señor Ariño, y que á estas horas debe haber llegado ya al indicado punto. Es casi seguro que mas tarde irá á reunirse á dichas comisiones el eminente sabio señor Leverrier, director del observatorio de Paris, que goza de una reputación tan universal como merecida.

La region oriental, que promete ser una de las mas frecuentadas, tanto por los astrónomos como por los aficionados, á consecuencia de su proximidad á la costa del Mediterráneo, tendrá como estación principal el desierto de las Palmas, que á la ventaja de ser vértice de la triangulación francesa y estar situada á 780 metros sobre el nivel del mar, reúne la de encontrarse allí un convento de monjes Carmelitas que se ha brindado á dar hospitalidad á los observadores.

Allí irá á situarse el ilustre director del observatorio de Roma, R. P. Angelo Secchi, á quien la ciencia es deudora de un gran número de descubrimientos muy notables que le han valido la celebridad de que goza en el mundo científico. Con él ha salido de esta corte la segunda comisión del observatorio de Madrid, compuesta de su dignísimo director don Antonio Aguilar y su hermano don Cayetano, primer ayudante del mismo, á los cuales se les agregará en Valencia probablemente el profesor de física y química de aquella universidad señor Monserrat, encargado especialmente de la parte fotográfica.

En la misma region, y muy cerca de la costa, se estacionará probablemente el célebre autor de las tablas del sol, señor Carlini, director del observatorio de Milan, senador y astrónomo distinguido, en quien el entusiasmo por la ciencia ha logrado vencer las dificultades que á un viaje de este género no ha podido menos de oponer su avanzada edad de 80 años. Hácia Peñagolosa se fijará probablemente el afamado director del observatorio de Florencia, señor Donati, sumamente

conocido por haber descubierto el cometa de su nombre, que apareció el año último y que llamó la atención de los habitantes de esta corte durante muchos días, dando pábulo como siempre á los temores, sobresaltos y predicciones mas ó menos desastrosas, de la multitud. Oropesa parece ser el punto elegido por el ilustrado director del observatorio de San Fernando, señor Marquez, jefe de la comisión que sale de dicho establecimiento.

Ademas de los sitios indicados, que se pueden considerar como las estaciones principales, irá á situarse en la region occidental, acaso cerca de Búrgos, el señor Petit, director del observatorio de Tolosa (Francia), y en Calatayud el tan entendido como modesto director del de Munich, señor Lamont, que ya otra vez ha visitado nuestro país con un objeto científico, y á quien es muy posible que acompañen otros astrónomos y sabios alemanes.

A la isla de Ibiza, comprendida por completo en la zona de la totalidad, va el señor Plantamour, director del observatorio de Ginebra, que á pesar de las dificultades que ofrece el acceso á la cima del monte Campvey, teniendo sobre todo que trasportar instrumentos delicados y de grandes dimensiones, ha elegido dicho punto para hacer sus observaciones.

Portugal nos manda dos comisiones de astrónomos; la isla de Cuba ha comisionado al señor Poey, profesor de la universidad de la Habana.

Infinitas son las comisiones y particulares que de distintos puntos de España van á tomar parte en los trabajos de observación del eclipse, y nos contentaremos por lo mismo con citar al señor Rodriguez, profesor de física en el real instituto industrial, que en Zaragoza va á dedicarse á observaciones meteorológicas; á los señores Echegaray y Mayo, profesores de escuela de caminos, y al ingeniero y diputado señor Ardanaz, que parece ha solicitado del gobierno ir al Moncayo, y que el observatorio de Madrid le facilite los instrumentos necesarios para sus observaciones al señor Montesino, que no solo se prepara á observar el eclipse con los auxiliares facultativos que tiene á sus órdenes, sino que como representante de la empresa del ferrocarril de Bilbao á Tudela, facilitará á los astrónomos de aquella region cuantos recursos necesiten.

Y no es solo en España donde se harán observaciones del eclipse, ni los astrónomos y sabios europeos los únicos que en ellos tomarán parte, pues sin contar los norte-americanos que van á observarlo en la alta California, estación del mayor interés por ser principio de la línea, será observado también en el otro extremo, situado en una comarca de Etiopía sometida al dominio del virey de Egipto, por una comisión á cuyo frente está Mahmon-Eftendi, jóven egipcio educado en Francia y fundador del observatorio del Cairo.

Hasta en los países mas remotos se ha despertado el entusiasmo por el fenómeno que nos ocupa, pues segun vemos en una publicación extranjera, Seogoun, gran general del imperio del Japon, ha llamado á la capital á los astrónomos, con objeto de acordar lo conveniente para la observación del eclipse.

Es decir, que la América, el Africa y el Asia, poseídas de una noble emulación, se asocian á la vieja y culta Europa para la realización de una empresa científica, sacrificando en aras de esta idea las rivalidades y antipatías que por desgracia mantienen separadas á las naciones.

La instrucción las da curiosísimas sobre las observaciones de mas interés para la ciencia. La de la *duración del eclipse total* puede hacerse con toda exactitud, sirviéndose de un reloj ordinario que no adelante ó atrase mas de tres minutos por día. Para apreciar la *intensidad de la luz* se tendrá cuidado de anotar las estrellas que se distinguen á simple vista, y el tiempo que tardan en desaparecer, despues de la reaparición del sol, los planetas Venus y Júpiter, así como servirá de mucho el examen de los fenómenos que presentan las flores llamadas efimeras ó equinocciales, la lectura en libros de distintos caracteres de letra, midiendo la distancia á que hay que colocarlos para leer, y finalmente la observación del aspecto general del cielo, del color que presentan los objetos de que se está rodeado, y muy especialmente de la fisonomía de las personas. Para observar la *corona luminosa* es necesario servirse de un anteojito de poca fuerza por pequeño que sea, y en último resultado de unos gemelos de teatro.

Respecto á las *observaciones meteorológicas* para apreciarlas, basta tener dos termómetros colocados uno al sol y otro á la sombra, y observarlos cada cinco minutos desde el principio al fin del eclipse, y cada minuto durante la totalidad.

También son dignos de estudio los *efectos del eclipse en los seres organizados*.

En el momento en que las tinieblas suceden á la claridad del día, los animales todos parecen consternados, los pájaros cesan de cantar y se retiran á sus nidos, algunos caen muertos ó aturdidos por haber chocado en su precipitado vuelo contra algun obstáculo; huyen las gallinas á sus abrigos, y los murciélagos y demás aves nocturnas salen de sus madrigueras. Las reatas de los carros suelen pararse en los caminos, y los caballos se plantan ó saltan.

En los espectadores reunidos en calles y plazas para observar el eclipse, se nota un silencio sepulcral, que contrasta con el ruido que se advierte momentos antes; este silencio va mezclado de cierta ansiedad que se calma y convierte en un grito de alegría en el instante de la reaparición de la luz.

No basta un artículo de periódico para indicar si-

quiera todos los hechos análogos que se han observado; pero lo dicho nos parece suficiente para servir de guía en los variados experimentos que pueden hacerse con motivo del próximo eclipse, que tan justamente llama la atención del mundo científico y del mundo mera-

mente curioso tanto en España como en el extranjero. — En un segundo artículo daremos a nuestros lectores las observaciones hechas en España sobre este eclipse, que ha llevado a nuestro país a los astrónomos mas célebres de Europa.

LIMITES DEL ECLIPSE TOTAL Y DURACION SOBRE LA LINEA CENTRAL.

Tiempo medio de Paris.	LIMITE NORTE.		LINEA CENTRAL.		LIMITE SUR.		Duracion del eclipse total.
	Longitud.	Latitud norte.	Longitud.	Latitud norte.	Longitud.	Latitud norte.	
2h 50m	13° 48' 45" occ.	49° 16' 10"	14° 23' 44" occ.	48° 40' 10"	15° 17' 15" occ.	47° 51' 13"	3m 44s
3h	9 9 37	46 26 36	9 51 54	45 49 30	10 46 17	45 6 20	3 38
	4 45 28	43 23 30	5 29 54	42 48 15	6 26 38	42 9 10	3 29
	0 21 43	40 5 6	1 6 34	39 32 50	2 30 9	38 54 20	3 20
3h	4 13 2 or.	36 29 26	3 29 10 or.	36 0 10	2 23 5 or.	35 29 15	3 9
	9 21 51	32 28 40	8 39 7	32 2 20	7 25 31	31 37 33	2 55
	15 50 40	27 44 30	15 9 12	27 31 50	13 41 20	27 6 33	2 37
4h	27 2 10	20 56 30	26 18 48	20 40 20	23 45 10	20 56 20	2 15

Estos limites se extienden de Vizcaya á la parte Norte del Africa y comprenden en España: Oviedo, San Vicente, Santander, Bilbao, Vitoria, Búrgos, Tortosa,

Pamplona, Zaragoza y Valencia; y en Africa: Argel, Bezan, Tozer, Sockna, Sebba, Godone y Murzuk.

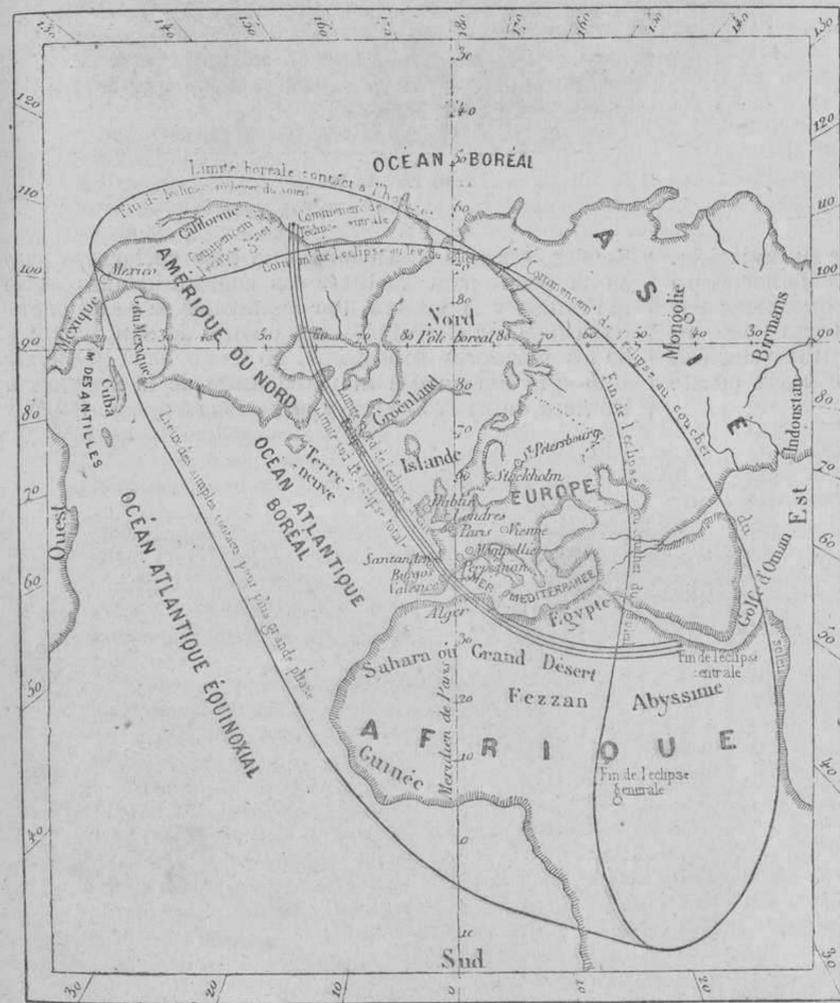


Figura del paso de la sombra de la luna sobre la superficie de la tierra durante el eclipse de sol de 1860, ejecutada segun el dibujo trigonométrico de Delambre, con relacion al meridiano de Paris.

las rubias. — Es un vestido malva de tafetan con diez volantes pequeños y plegados; los pliegues están señalados y sostenidos por un adorno de paja. El efecto es precioso; no puede darse nada mas sencillo y elegante.

El cinturón lleva orillas de paja. Los botones están bordados con paja, y las mangas están guarnecidas al estilo de la falda.

¿Cuál es el sombrero que conviene á este traje?

Segun y conforme. — Para salir en coche conviene un sombrero de crin ó de paja de arroz con una draperia de crespón malva; en el interior igual adorno formando bandó Emperatriz.

Si este sombrero parece demasiado modesto, se puede reemplazar con otro de paja de Italia adornado con un sauce de plumas color de malva ó con un grueso cordón de paja con borlas.

Para ir de paseo á pié lo mejor que se puede adoptar es un sombrero Mosquetero.

Estos últimos hacen furor; hay elegantes que tienen hasta una docena de formas diferentes, unos de paja negra, otros de paja gris, color de castaña, etc. Los mas bonitos son de paja de Italia y de paja de arroz. Los hay abarquillados, y otros que se aproximan á los de tres picos. Yo soy partidaria de estos sombreros que rejuvenecen mucho á las personas que los llevan.

Hé aquí la descripción de algunos modelos nuevos:

Un sombrero de paja blanca ribeteado de terciopelo con una larga pluma blanca rizada y un ramo de plumas negras en medio del ala.

Otro de paja negra ribeteado de terciopelo azul con lazo de terciopelo azul que sostiene por un lado una larga pluma negra, y por el otro una larga pluma azul que se cruza con ella.

Otro de paja de Italia ribeteado de terciopelo verde con lazo de terciopelo verde y pluma de pavo real.

Otro de lo mismo ribeteado de terciopelo negro con lazo de terciopelo negro, sosteniendo una larga pluma paja rizada.

Otro de paja color de castaña con cabeza de plumas blancas y plumon rizado.

Y aquí concluyo con estos sombreros, pues si hubiera de enumerar todos los que he visto, llenaria esta revista.

En cuanto á los vestidos diré que la tarlatana está muy en favor para los trajes de verano. La que está mas á la moda es la de fondo blanco sembrado de florecillas.

Señalaré dos vestidos de tarlatana, uno con pensamientos grosella y otro con flores de color de lila.

El primero es de forma *ondulina*, es decir, forma ahuecada de modo que produzca volantes que no existen, abriendo el vestido por abajo en abanico. El cuerpo es escotado con una pequeña esclavina rizada; las mangas forman abanico como la falda.

El segundo lleva un corpiño fruncido con un cinturón lila.

La falda va guarnecida con un alto volante Luis XVI y falbalas pequeños sobre el dobladillo. Hay además seis pequeños volantes puestos de tres en tres hasta la mitad de la falda.

Se hacen paletós Luis XV de muselina con faldas de volantes que se usan mucho para por la mañana. Por la tarde no se lleva este traje sino en la intimidad. Por la noche lo que mas se usa es el vestido de muselina con pequeños volantes bordados; corpiño liso y escotado con cinturón; mangas de largo ordinario y berta ó fichu Antonieta.

Voy á completar mis noticias describiendo un conjunto de trajes diferentes.

Para negligé de por la mañana un vestido estrecho de piqué abierto sobre una falda interior bordada ó guarnecida de volantes de muselina.

Para traje de campo un vestido de barés gris con cinco pequeños volantes ribeteados de cinta ó de terciopelo negro.

Para traje de calle un vestido de tafetan verde Isly con un corpiño escotado y un fichu de tul negro con listas de terciopelo. La falda lleva nueve volantes de tafetan con un rizado de tafetan negro. Mangas de largo regular, con tres afollados y un volante en el género de los de la falda. Sobretodo de tafetan negro orlado con un rizado de cinta verde Isly. Sombrero blanco de crin con una draperia de crespón verde sostenida con un ramo de tres rosas. Pañuelo de encaje negro ó de muselina blanca bordada.

Para traje de baile de verano un vestido de tarlatana blanca con catorce volantes pequeños. Sobre esta primera falda cae otra de tarlatana recogida á la izquierda con un ramo de flores de todos colores. Corpiño liso, de punta con berta de pequeños volantes y ramos de flores. Corona de flores. Albornoz argelino sin capuchón.

Antes de hablar del figurin voy á señalar algunos sombreros que terminarán la estacion de verano.

Un sombrero de paja belga con un sesgo de terciopelo negro al borde del ala con lazo de flores y yerbas. En el interior diadema de flores sostenidas con terciopelo negro. Bavolet de tul negro y cintas blancas.

Un sombrero compuesto de un ala de paja blanca con fondo de tul afollado blanco y negro. En el ala media guirnalda de capullos de rosa; en el interior bandó de capullos de rosa; bavolet de tafetan blanco con lazo de tafetan negro y cintas blancas.

Un sombrero blanco de crin adornado con una draperia de crespón rosa, abarquillada en pluma por un lado, y cayendo en dos puntas guarnecidas de blonda sobre el bavolet de crespón rosa. En el interior adorno de capullos de rosas; cintas de tafetan de color de rosa.

Me es imposible describir mejor las modas del dia.

Para baños de mar el paletó Watteau rivaliza con el albornoz de capuchón cuadrado. Los vestidos que las bañistas han adoptado para la playa, son de cachemira muy ligera con rayas claras, y no llevan por adorno mas que un sesgo de tafetan. — El paletó se hace con mangas y esclavina cuadrada.

Ahora pasemos á nuestro figurin que representa varios grupos de niños.

El primero tiene cuatro años, y lleva una blusa de nankin adornada de terciopelo negro y escotada, dejando ver una camisa plegada con mangas huecas. Pantalón breton y corto de nankin, caido sobre otro pantalón blanco, del cual solo pasa una guarnición de bordado inglés. Calcetas de hilo; botitas grises abotonadas; sombrero de paja de Italia guarnecido de terciopelo negro con dos hebillas de acero.

Segundo traje. — Niño de ocho años. Blusa de cachemira ligera, azul acero, cerrada con alamares. Camisa de hombre con cuello vuelto y corbata de seda encarnada. Pantalón gris. Zapatos de charol con botines grises.

Tercer traje. — Niña de nueve años. Vestido de tafetan de cuadros rosa y blanco. Por adorno tres pequeños volantes recortados de tafetan liso color de rosa con cabeza fruncida. Corpiño liso, escotado, con berta formada por un pequeño volante. Cinturón de cinta color de rosa; mangas anchas con lazo de cinta rosa sobre los hombros; crinolina y mangas interiores de muselina; sombrero de paja de arroz blanco forma Luis XIII adornado de plumas color de rosa; botitas grises y guantes de Suecia.

Cuarto traje. Niño de tres años. Falda y casaca de piqué lila con cintas blancas. Pantalón corto bordado; cuello y mangas interiores de nansú; sombrero de paja color de castaña, con ala abarquillada.

Quinto traje. — Niño de once años. Blusa muy corta, de tela de lana; pantalón gris de cuadros; cinturón de cuero negro con hebillas de acero; camisolin de nansú; corbata de seda lila; sombrero de paja de Italia, género marinero.

Sexto traje. — Niña de once años. Vestido de barés gris; sobre la falda ocho volantes ribeteados de cinta. Cuerpo abierto y escotado con cinturón gris y hebilla de acero. Fichu adecuado al vestido, cruzado por delante y adornado con tres pequeños volantes. Mangas anchas con cuatro pequeños volantes; camisolin y mangas interiores de muselina; cinta de terciopelo negro al cuello con una crucecita; en la cabeza redécilla de seda grosella con trenza de tafetan grosella á manera de corona; botitas color de castaña, y sombrilla Marquesa de moaré antiguo.

Sétimo traje. — Niña de cinco años. Vestido blanco de muselina con doble falda, abierto por el lado y guarnecido de afollados de muselina. Cuerpo escotado; mangas cerradas en la muñeca; botitas verdes; sombrero de paja de Italia con dos plumas blancas y grosella.

Ultimo traje. — Niña de once años. Vestido de tafetan primavera rayado azul y blanco, con sobretodo adecuado; por adorno bandas de tafetan azul de China. Cuello y mangas interiores de muselina; botitas azules; sombrero de paja de Italia á la segadora.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Revista de la moda.

SUMARIO. — De las modas del dia. — Trajes de vestir y de negligé. — Invasión de los sombreros redondos. — Colección de trajes de verano. — De los sombreros del dia. — Vestidos para baños de mar. — Descripción del figurin de este número que representa trajes de niños.

Las modistas no trabajan mas que para el campo, los baños y las aguas termales. En cuanto á los vestidos parisienses, conservan su caracter particular. Se habia dicho que ya no habria volantes, y que los miriñaques tendrian menos vuelo; y hé aquí que jamás los vestidos han llevado mas volantes menudos, y jamás han sido tan anchos los miriñaques. Hay faldas que llevan hasta once volantes pequeños separados por series de tres ó de cuatro con listas de tafetan. Es imposible decir cuál es la moda; cada modista inventa cosas nuevas: el mejor modo de darla á conocer es describir algunos vestidos.

Voy á principiar por un traje que sienta admirablemente á

terciopelo verde con lazo de terciopelo verde y pluma de pavo real.

Otro de lo mismo ribeteado de terciopelo negro con lazo de terciopelo negro, sosteniendo una larga pluma paja rizada.

Otro de paja color de castaña con cabeza de plumas blancas y plumon rizado.

Y aquí concluyo con estos sombreros, pues si hubiera de enumerar todos los que he visto, llenaria esta revista.

En cuanto á los vestidos diré que la tarlatana está muy en favor para los trajes de verano. La que está mas á la moda es la de fondo blanco sembrado de florecillas.

Señalaré dos vestidos de tarlatana, uno con pensamientos grosella y otro con flores de color de lila.

El primero es de forma *ondulina*, es decir, forma ahuecada de modo que produzca volantes que no existen, abriendo el vestido por abajo en abanico. El cuerpo es escotado con una pequeña esclavina rizada; las mangas forman abanico como la falda.

El segundo lleva un corpiño fruncido con un cinturón lila.



EL PUENTE DE SAN MARTIN.

Vistas de Saboya.

La Saboya, esa antigua provincia recién agregada á la Francia, es una de las comarcas más pintorescas de la Europa, y sería sin contradicción uno de los países más visitados por los viajeros, si la proximidad de la Suiza no la causara un perjuicio notable. Sin embargo, la Sabo-

ya tiene sitios particulares que no se hallan en ningún otro país. No hay nada más bonito que el lago del Bourget, ese lago cantado por Lamartine y en cuyas márgenes se distinguen preciosas casas de recreo y la abadía de Hautecombe. ¿Puede imaginarse algo más delicioso que las cercanías de Aix y de Chambery? Una de las primeras cosas que visitan los bañistas de Aix, es la cascada de Gresy. Esta predilección se explica por la hermosura del lugar, que por otra parte se ha hecho célebre por una gran desgracia. La cascada de Gresy está á tres cuartos de hora de Aix. — No es posible imaginar nada más pintoresco que esa excavación de planos perpendiculares de donde se despeña el agua en torrentes espumosos. Mas arriba del abismo hay casas ocultas entre pámpanos y flores.

En 1813 la reina Hortensia que era muy aficionada á las aguas de Aix, fué á visitar la cascada acompañada de madama Cochelet, de su chambelan,

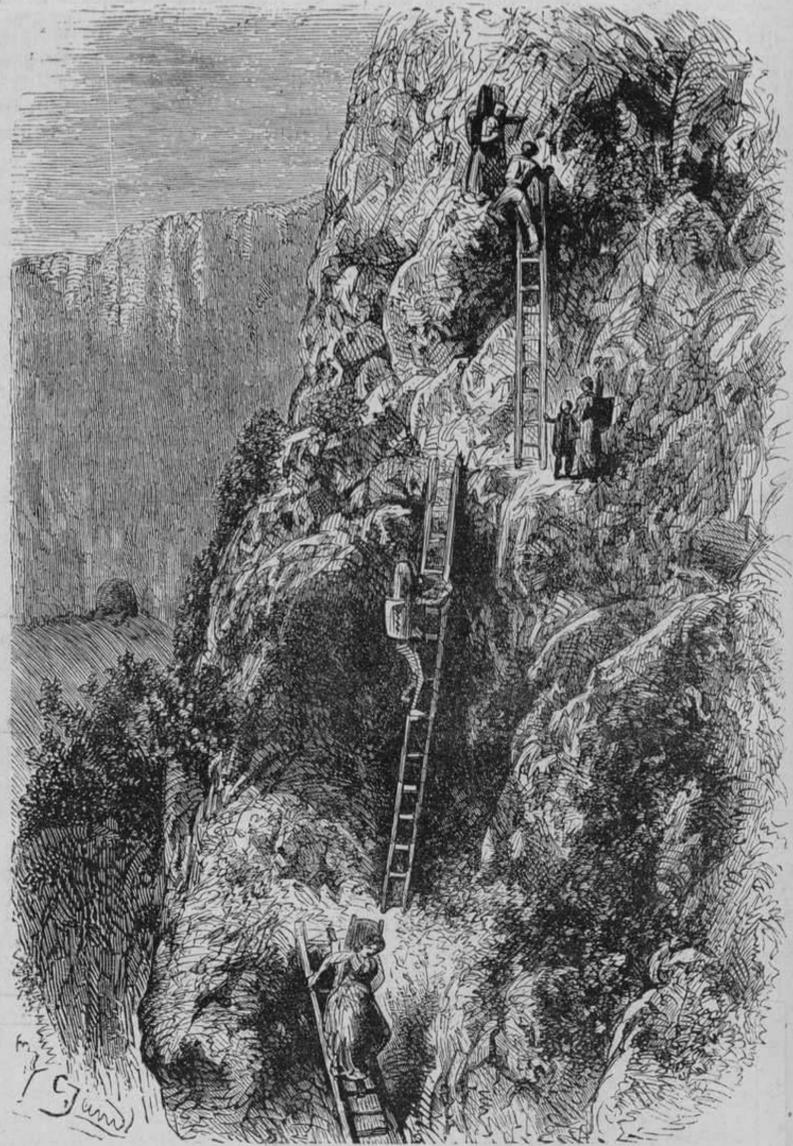
M. de Arjuzon, y de madama de Broc su camarista. « Para ver bien la cascada, dice en sus Memorias un testigo ocular madama Cochelet, habia que pasar por una tabla que el molinero colocó al instante sobre un pequeño brazo de agua que corría con una velocidad espantosa. La reina pasa ligera; apenas habia puesto el pié ya estaba en la otra parte.

Madama de Broc la sigue; pero tropieza, cae en el golfo y desaparece á nuestra vista. La reina estaba sola al otro lado, sobre un peñasco resbaladizo; la tabla habia caído con su amiga; sin turbarse se quita el pañuelo que llevaba, le arroja al golfo quedándose con una punta en la mano, y comienza á dar voces llamando á la que no debia volver á ver nunca.

» Entonces la reina se lanza y pasa otra vez á riesgo de ser arrastrada también por aquel funesto brazo de agua. Desesperada se pone á pedir socorro con nosotros; llega gente á nuestros gritos, pero todos nuestros esfuerzos fueron vanos.

» Por fin lograron apoderarse de madama de Broc, cuando no era ya sino un cuerpo inanimado. La reina Hortensia mandó elevar una piedra tumular para consagrar la memoria de tan doloroso suceso, con una inscripción que le recuerda.»

Por un camino muy pintoresco se llega al paso de las



LAS ESCALAS.

Escalas, obra de Napoleon I, que hizo cortar ese paso en la peña para facilitar las comunicaciones entre la Francia y la Saboya. Por las Escalas se va de la Saboya hácia la Cartuja. — Del puente de San Martín y de los leñadores saboyanos, no tengo nada que decir sino que ese puente marcaba antes de la anexión la frontera entre la Saboya y la Francia. P. P.



LA CASCADA DE GRESY.



LEÑADORES SABOYANOS.